

FÉMINA

INFAME

**GÉNERO Y CLASE
EN ROBERTO ARLT**

ELSA DRUCAROFF

FÉMINA

INFAME

**GÉNERO Y CLASE
EN ROBERTO ARLT**

 **Letras del Sur**
EDITORA

BUENOS AIRES | ARGENTINA

Drucaroff, Elsa

Fémína infame : género y clase en Roberto Arlt / Elsa Drucaroff. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Letras del Sur Editora, 2022.

332 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-4441-34-8

1. Crítica de la Literatura Argentina. 2. Literatura Feminista. 3. Cuentos. I.
Título.

CDD 860.9982

2022 © Letras del Sur Editora

✉ letrasdelsureditora@gmail.com

🌐 www.letrasdelsur.com

📞 (+54) 9 11 2610-9696

 **Letras del Sur**
EDITORA

ISBN: 978-987-4441-34-8

Directora: Nora Fabiana Galia

2022 © by Elsa Drucaroff

Arte de tapa: Joaquín Barraza

Imagen de tapa: Albert Joseph Penot

Todas las opiniones y análisis vertidos por la autora son de su exclusiva responsabilidad.

Impreso por Virá | Octubre 2022

La puntuación de los cuentos y fragmentos de la obra de Roberto Arlt fueron corregidos con la norma vigente, así como también se realizó la corrección de erratas.

Hecho el depósito que marca la ley N° 11723

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA/PRINTED IN ARGENTINA

FÉMINA INFAME



Lectura de una palabra: *phemí*, “decir”, verbo griego cuya raíz está en **fama**, que en latín significa: fama, noticia que corre de boca en boca, rumor, voz pública, reputación, nombradía. La fama puede ser buena o mala; si es mala es, entonces, **in—** (preposición latina que indica a su término como objeto de un sentimiento hostil) —**famia**. **Infamis** es el adjetivo: deshonado, desacreditado, que tiene el rumor y la voz pública en su contra.

Infame: alguien *hecha* de discurso. De discurso público hostil. Una que fue construida por la voz dominante y general para su propia deshonra.

PREFACIO

Estudí a Roberto Arlt entre fin de los '80 y los años '90¹; en 1998 publiqué un extenso ensayo: *Arlt, profeta del miedo*. De parte de esa obra nace *Fémima Infame*.

Leí a Arlt con ojos feministas en tiempos en que el feminismo no se consideraba una posición política, sino una reacción de históricas resentidas. Mi ensayo era también marxista, en tiempos en que a Marx lo tiraban al desván con frívolos argumentos postmodernos y la idiota “evidencia” de que la democracia capitalista era el paraíso. Era previsible: el libro casi no se leyó; la única reseña salió en la prestigiosa revista *El ojo mocho* y afirmaba escribir “contra la inapelable lectura feminista de Drucaroff”, acusándome de ignorar lo político.² Mi libro además examinaba

1. Con una beca del CONICET que no se renovó cuando llegó el menemismo. Me dirigió Ana María Barrenechea.

2. Kahan, Lisandro S. “La parábola del príncipe (a propósito de Arlt: profeta del miedo, de Elsa Drucaroff)”. *El Ojo Mocho* N°14 “Perseverancia de la historia”, Bs. As., primavera de 1999.

el conflicto de clases en Arlt y analizaba en extenso la batalla que se dio en Argentina alrededor de su figura, a lo largo del siglo XX. Esta última parte, que no se reedita acá, hubiera aplacado la rabia del reseñista pues no hablaba de mujeres y sí de lo único que él consideraba *política*, pero probablemente creyó que cuando el libro es de una mujer, si quedan 200 páginas por leer, se puede publicar igual una reseña.

Una de las operaciones más exitosas y persistentes del patriarcado es apresar nuestros discursos en ghettos. Se los deja decir, incluso hay dinero de ONG y academias del mundo para financiarlos, pero no se leen. Muchas académicas creen que si “no estudian género”, no tienen por qué leer feminismo. Hoy las cosas están mejor pero no tanto: las propias feministas suelen no leer a las pensadoras anteriores y solo conocen a las contemporáneas que les “bajan” las academias de los países centrales, según la corriente que allá es moda. Los hombres no nos leen. Se logra silenciar así un pensamiento y un debate de riqueza y originalidad extraordinarias. Sin dignarse a escucharnos, la humanidad llegó a esta catástrofe. ¿No sería hora de cambiar, a ver qué pasa?

Yo, en cambio, también leo varones. Leo a Arlt por su talento temerario, su desprolijidad, su comprensión visionaria de la atrocidad que estaba engendrando el siglo XX. Es un escritor desastroso, irritante, torturado y torturante, genial.

Fémima Infame retoma las dos primeras partes de *Arlt, profeta del miedo*. Creí que tendría que actualizar muchas cosas pero salvo reescribir buscando un estilo más fluido y ensayístico, y agregar observaciones en diálogo con este momento, las conclusiones son las mismas. La ferocidad del patriarcado y del capitalismo no mermaron. En el caso del patriarcado, hay reacomodamientos significativos pero no alcanzan, pues su estructura esencial está intocada y Arlt apunta exactamente a ella. En cuanto al capitalismo, nadie entendió tan bien el horror que traía y lo amó tanto como Roberto Arlt. Las más entusiastas y peores profecías del Astrólogo se cumplieron.

Sigo *arlta* de Arlt, desmenuzándolo. Su consciencia de la guerra de géneros es tan álgida como la consciencia de la desigual-

dad del combate, y lo dice a pesar suyo, escribe con impudicia la ferocidad de su deseo, su costoso odio misógino. Leo su obra sin perdonarle nada pero eso no implica que me parezca mala o que crea que no debe leerse. El feminismo no debería usarse para cancelar una obra y nunca debió usarse el marxismo para eso. Cancelar a Borges por conservador, a Shakespeare por antisemita, es perderse algo inmenso. *El mercader de Venecia* porque es antisemita, desnuda el antisemitismo con mucha más profundidad que cualquier obra bienintencionada y políticamente correcta que acaricie los oídos. El arte no tiene por qué acariciar oídos; Arlt, tampoco. Leer a Arlt sin perdonarlo es honrar su talento.

A 80 años de la muerte de Arlt, ni el feminismo es vergonzoso ni el marxismo está en el desván. El capitalismo nos tiene al borde del abismo y las feministas logramos convencer a mucha buena gente de que existe el odio patriarcal y hay que volverlo visible, porque aparece donde menos lo esperamos, también en nosotros mismos. En este mundo con menos hipocresía pero más urgencia, impotencia y desesperación, vuelvo a echar mi botellita al mar.

Leamos para entender y pensar cómo salir de este pantano. En este mundo con menos hipocresía pero más urgencia, impotencia y desesperación, vuelvo a echar mi botellita al mar.

Elsa Drucaroff
Buenos Aires, septiembre 2022

PRIMERA PARTE

DESTINO DE SAPO



**ORDEN
DE
GÉNEROS**

Voy a leer la narrativa de Roberto Arlt desde el Orden de Géneros, observando desde allí y tomando partido. Esta es una lectura *feminista y femenina*. No renuncio a la palabra femenina, pero junto con muchas otras mujeres, quiero cambiar su sentido. No es femenina mi lectura porque proviene de un cuerpo biológicamente sexuado, sino porque se produce desde la zona marginal, oscura, infamada, de la resistencia.

¿Qué es el “Orden de Géneros”?¹ Es una madeja omnipresente de discursos que se están haciendo todo el tiempo e integran, determinan esta cultura. Es el conjunto de discursos que dan cuenta de una lucha y en los que esa lucha transcurre centralmente, al menos mientras no sale de las palabras para encarnarse en violencia física: es la lucha del género masculino contra el femenino, en principio, es la lucha defensiva del segundo y de los otros géneros que se constituyeron o constituyen resistiendo esta dicotomía. El Orden de Géneros contiene los discursos que ocuyen, exhiben esa lucha, ejercen el poder de un género sobre los otros, lo resisten frontal o subrepticamente, etc.

La narrativa de Arlt trata de interrogar lo femenino pero precisa desesperada, sospechosamente, prohibir cualquier tipo de interrogación y representar supuestas certezas sobre las mujeres que el propio texto, al mismo tiempo, no puede evitar mostrar como invenciones masculinas.

Privilegié dos libros para leer desde el Orden de Géneros: *El jorobadito* y *El amor brujo*². No leo estos textos como una policía

1. Este trabajo está basado en dos categorías: Orden de Géneros y Orden de Clases, extensamente definidas y analizadas en mi ensayo *Otro logos. Signos, política, discursos*, Bs. As., Edhasa, 2015.

2. En las citas de Arlt, a lo largo de este libro, usaré, cuando sea necesario, las siguientes siglas para referir a qué obra pertenecen: EJ (*El jorobadito*), EAB (*El amor brujo*), LSL (*Los siete locos*) LL (Los lanzallamas) AP (Aguafuertes porteñas). La edición que uso para este trabajo es: Arlt, Roberto (1983). *El jorobadito*. Losada. Este primer libro de cuentos fue publicado en 1933, e incluía una recopilación de nueve relatos que ya habían aparecido en los periódicos *La Nación*, *El Mundo* y *Mundo Argentino*. El 9 de septiembre de 1928 se publica su cuento “Ester Primavera” en el diario *La Nación*; “El jorobadito”, en 1928, en el diario *El Mundo*; y “Noche terrible” se publica en 1931 en *Mundo Argentino* (mientras escribía *El amor brujo*). Al pasar al libro, Arlt les realiza a los cuentos modificaciones importantes. Para complementar una cronología y modificaciones de las publicaciones del autor cfr.

de género: una obra puede ser machista, misógina, racista, y ser genial igual. Arlt muchas veces es genial, a veces no, pero ese no es el problema. Leo para descubrir enigmas, tensiones y preguntas que siguen latiendo vivas, incandescentes en nuestra sociedad, con extraordinaria y solapada eficacia. Hasta hoy. Leer sirve; cancelar, no.

Leo a Arlt para que los hombres se reconozcan en su horror por las mujeres y en su necesidad de conjurar el miedo imaginando lo que son, construyéndolas, en lugar de atreverse a observarlas, a respetar cómo esas otredades pueden construirse por su cuenta. Y leo a Arlt para que nosotras nos reconozcamos en nuestro disciplinamiento, nuestra disposición a ser lo que ellos esperan que seamos, para alentar una audacia que estamos intentando tener: la de ser quienes deseamos ser, no las que desean ellos.

con Borré, Omar. “Una poética de la escritura” en *Hispanamérica*. Año 23, N°. 68 (Aug., 1994), pp. 79-86, de manera virtual en el repositorio académico JSTOR: <https://www.jstor.org/stable/20539789?seq=3>. Para la novela *El amor brujo* publicada por primera vez en 1932, utilizo la edición Arlt, Roberto (1980). *El amor brujo*. Losada. Bs. As.

EL JOROBADITO

CUENTO

Los diversos y exagerados rumores desparramados con motivo de la conducta que observé en compañía de Rigoletto, el jorobadito, en la casa de la señora X, apartaron en su tiempo a mucha gente de mi lado.

Sin embargo, mis singularidades no me acarrearán mayores desventuras, de no perfeccionarlas estrangulando a Rigoletto.

Retorcerle el pescuezo al jorobadito ha sido de mi parte un acto más ruinoso e imprudente para mis intereses, que atentar contra la existencia de un benefactor de la humanidad.

Se ha echado sobre mí la policía, los jueces y los periódicos. Y ésta es la hora en que aún me pregunto (considerando los rigores de la justicia) si Rigoletto no estaba llamado a ser un capitán de hombres, un genio, o un filántropo. De otra forma no se explican las crueldades de la ley para vengar los fueros de un insigne piojoso, al cual, para pagarle de su insolencia, resultarían

insuficientes todos los puntapiés que pudieran suministrarle en el trasero, una brigada de personas bien nacidas.

No se me oculta que sucesos peores ocurren sobre el planeta, pero ésta no es una razón para que yo deje de mirar con angustia las leprosas paredes del calabozo donde estoy alojado a espera de un destino peor.

Pero estaba escrito que de un deforme debían provenirme tantas dificultades. Recuerdo (y esto a vía de información para los aficionados a la teosofía y la metafísica) que desde mi tierna infancia me llamaron la atención los contrahechos. Los odiaba al tiempo que me atraían, como detesto y me llama la profundidad abierta bajo la balconada de un noveno piso, a cuyo barandal me he aproximado más de una vez con el corazón temblando de cautela y delicioso pavor. Y así como frente al vacío no puedo sustraerme al terror de imaginarme cayendo en el aire con el estómago contraído en la asfixia del desmoronamiento, en presencia de un deforme no puedo escapar al nauseoso pensamiento de imaginarme corcovado, grotesco, espantoso, abandonado de todos, hospedado en una perrera, perseguido por traillas de chicos feroces que me clavarían agujas en la giba...

Es terrible..., sin contar que todos los contrahechos son seres perversos, endemoniados, protervos..., de manera que al estrangularlo a Rigoletto me creo con derecho a afirmar que le hice un inmenso favor a la sociedad, pues he librado a todos los corazones sensibles como el mío de un espectáculo pavoroso y repugnante. Sin añadir que el jorobadito era un hombre cruel. Tan cruel que yo me veía obligado a decirle todos los días:

—Mirá, Rigoletto, no seas perverso. Prefiero cualquier cosa a verte pegándole con un látigo a una inocente cerda. ¿Qué te ha hecho la marrana? Nada. ¿No es cierto que no te ha hecho nada?...

—¿Qué se le importa?

—No te ha hecho nada, y vos contumaz, obstinado, cruel, desfogas tus furores en la pobre bestia...

—Como me embrome mucho la voy a rociar de petróleo a la chancha y luego le prendo fuego.

Después de pronunciar estas palabras, el jorobadito descargaba latigazos en el crinado lomo de la bestia, rechinando los dientes como un demonio de teatro. Y yo le decía:

—Te voy a retorcer el pescuezo, Rigoletto. Escuchá mis paternales advertencias, Rigoletto. Te conviene...

Predicar en el desierto hubiera sido más eficaz. Se regocijaba en contravenir mis órdenes y en poner en todo momento en evidencia su temperamento sardónico y feroz. Inútil era que prometiera zurrarle la badana o hacerle salir la joroba por el pecho de un mal golpe. Él continuaba observando una conducta impura.

Volviendo a mi actual situación diré que si hay algo que me reprocho, es haber recaído en la ingenuidad de conversar semejantes minucias a los periodistas.

Creía que las interpretarían, más heme aquí ahora abocado a mi reputación menoscabada, pues esa gentuza lo que menos ha escrito es que soy un demente, afirmando con toda seriedad que bajo la trabazón de mis actos se descubren las características de un cínico perverso.

Ciertamente, que mi actitud en la casa de la señora X, en compañía del jorobadito, no ha sido la de un miembro inscripto en el almanaque de Gotha. No. Al menos no podría afirmarlo bajo mi palabra de honor.

Pero de este extremo al otro, en el que me colocan mis irreductibles enemigos, media una igual distancia de mentira e incomprensión.

Mis detractores aseguran que soy un canalla monstruoso, basando esta afirmación en mi jovialidad al comentar ciertos actos en los que he intervenido, como si la jovialidad no fuera precisamente la prueba de cuán excelentes son las condiciones de mi carácter y qué comprensivo y tierno al fin y al cabo.

Por otra parte, si hubiera que tamizar mis actos, ese tamiz a emplearse debería llamarse Sufrimiento. Soy un hombre que ha padecido mucho. No negaré que dichos padecimientos han encontrado su origen en mi exceso de sensibilidad, tan agudizada que cuando me encontraba frente a alguien he creído percibir hasta el matiz del color que tenían sus pensamientos, y lo más

grave es que no me he equivocado nunca. Por el alma del hombre he visto pasar el rojo del odio y el verde del amor, como a través de la cresta de una nube los rayos de luna más o menos empalidecidos por el espesor distinto de la masa acuosa. Y personas hubo que me han dicho:

—¿Recuerda cuando usted, hace tres años, me dijo que yo pensaba en tal cosa? No se equivocaba. —He caminado así, entre hombres y mujeres, percibiendo los furores que encrespaban sus instintos y los deseos que envaraban sus intenciones, sorprendiendo siempre en las laterales luces de la pupila, en el temblor de los vértices de los labios y en el erizamiento casi invisible de la piel de los párpados, lo que anhelaban, retenían o sufrían. Y jamás estuve más solo que entonces, que cuando ellos y ellas eran transparentes para mí.

De este modo, involuntariamente, fui descubriendo todo el sedimento de bajeza humana que encubren los actos aparentemente más leves, y hombres que eran buenos y perfectos para sus prójimos, fueron, para mí, lo que Cristo llamó sepulcros encalados. Lentamente se agrió mi natural bondad convirtiéndome en un sujeto taciturno e irónico. Pero me voy apartando, precisamente, de aquello a lo cual quiero aproximarme y es la relación del origen de mis desgracias. Mis dificultades nacen de haber conducido a la casa de la señora X al infame corcovado.

En la casa de la señora X yo “hacía el novio” de una de las niñas.

Es curioso. Fui atraído, insensiblemente, a la intimidad de esa familia por una hábil conducta de la señora X, que procedió con un determinado exquisito tacto y que consiste en negarnos un vaso de agua para poner a nuestro alcance, y como quien no quiere, un frasco de alcohol.

Imagínense ustedes lo que ocurriría con un sediento. Oponiéndose en palabras a mis deseos. Incluso, hay testigos. Digo esto para descargo de mi conciencia. Más aún, en circunstancias en que nuestras relaciones hacían prever una ruptura, yo anticipé seguridades que escandalizaron a los amigos de la casa. Y es curioso. Hay muchas madres que adoptan este temperamento, en la relación que sus hijas tienen con los novios, de manera

que el incauto —si en un incauto puede admitirse un minuto de lucidez— observa con terror que ha llevado las cosas mucho más lejos de lo que permitía la conveniencia social.

Y ahora volvamos al jorobadito para deslindar responsabilidades.

La primera vez que se presentó a visitarme en mi casa, lo hizo en casi completo estado de ebriedad, faltándole el respeto a una vieja criada que salió a recibirlo y gritando a voz en cuello de manera que hasta los viandantes que pasaban por la calle podían escucharle:

—¿Y dónde está la banda de música con que debían festejar mi hermosa presencia? Y los esclavos que tienen que ungirme de aceite, ¿dónde se han metido? En lugar de recibirme jovencitos con orinales, me atiende una vieja desdentada y hedionda. ¿Y ésta es la casa en la cual usted vive? —Y observando las puertas recién pintadas, exclamó enfáticamente: —¡Pero esto no parece una casa de familia sino una ferretería! Es simplemente asqueroso. ¿Cómo no han tenido la precaución de perfumar la casa con esencia de nardo, sabiendo que iba a venir? ¿No se dan cuenta de la pestilencia de aguarrás que hay aquí?

¿Reparan ustedes en la catadura del insolente que se había posesionado de mi vida?

Lo cual es grave, señores, muy grave.

Estudiando el asunto recuerdo que conocí al contrahecho en un café; lo recuerdo perfectamente. Estaba yo sentado frente a una mesa, editando, con la nariz metida en mi taza de café, cuando, al levantar la vista distinguí a un jorobadito que con los pies a dos cuartas del suelo y en mangas de camisa, observábase con toda atención, sentado del modo más indecoroso del mundo, pues había puesto la silla al revés y apoyaba sus brazos en el respaldo de ésta.

Como hacía calor se había quitado el saco, y así descaradamente en cuerpo de camisa, giraba sus renegridos ojos saltones sobre los jugadores de billar. Era tan bajo que apenas si sus hombros se ponían a nivel con la tabla de la mesa. Y, como les contaba, alternaba la operación de contemplar la concurrencia, con la no menos importante de examinar su reloj pulsera, cual si la

hora que éste marcara le importara mucho más que la señalada en el gigantesco reloj colgado de un muro del establecimiento.

Pero, lo que causaba en él un efecto extraño, además de la consabida corcova, era la cabeza cuadrada y la cara larga y redonda, de modo que por el cráneo parecía un mulo y por el semblante un caballo.

Me quedé un instante contemplando al jorobadito con la curiosidad de quien mira un sapo que ha brotado frente a él; y éste, sin ofenderse, me dijo:

—Caballero, ¿será tan amable usted que me permita sus fósforos?

Sonriendo, le alcancé mi caja; el contrahecho encendió su cigarro medio consumido y después de observarme largamente, dijo:

—¡Qué buen mozo es usted! Seguramente que no deben faltarle novias.

La lisonja halaga siempre aunque salga de la boca de un jorobado, y muy amablemente le contesté que sí, que tenía una muy hermosa novia, aunque no estaba muy seguro de ser querido por ella, a lo cual el desconocido, a quien bauticé en mi fuero interno con el nombre de Rigoletto, me contestó después de escuchar con sentenciosa atención mis palabras:

—No sé por qué se me ocurre que usted es de la estofa con que se fabrican excelentes cornudos —y antes que tuviera tiempo de sobreponerme a la estupefacción que me produjo su extraordinaria insolencia, el cacaseno continuó: —Pues yo nunca he tenido novia, créalo, caballero... le digo la verdad...

—No lo dudo —reliqué sonriendo ofensivamente—, no lo dudo...

—De lo que me alegro, caballero, porque no me agradaría tener un incidente con usted...

Mientras él hablaba yo vacilaba si levantarme y darle un puntapié en la cabeza o tirarle a la cara el contenido de mi pocillo de café, pero recapacitándolo me dije que de promoverse un altercado allí, el que llevaría todas las de perder era yo, y cuando me disponía a marcharme contra mi voluntad porque aquel sapo humano me atraía con la inmensidad de su desparpajo, él, ob-

sequiándome con la más graciosa sonrisa de su repertorio que dejaba al descubierto su amarilla dentadura de jumento, dijo:

—Este reloj pulsera me cuesta veinticinco pesos...; esta corbata es inarrugable y me cuesta ocho pesos...; ¿ve estos botines?, treinta y dos pesos, caballero. ¿Puede alguien decir que soy un pelafustán?

¡No, señor! ¿No es cierto?

—¡Claro que sí! Guiñó arduamente los ojos durante un minuto, luego moviendo la cabeza como un oseño alegre, prosiguió interrogador y afirmativo simultáneamente:

—Qué agradable es poder confesar sus intimidades en público, ¿no le parece, caballero? ¿Hay muchos en mi lugar que pueden sentarse impunemente a la mesa de un café y entablar una amable conversación con un desconocido como lo hago yo? No. Y, ¿por qué no hay muchos, puede contestarme?

—No sé...

—Porque mi semblante respira la santa honradez.

Satisfechísimo de su conclusión, el bufoncillo se restregó las manos con satánico donaire, y echando complacidas miradas en redor prosiguió:

—Soy más bueno que el pan francés y más arbitrario que una preñada de cinco meses. Basta mirarme para comprender de inmediato que soy uno de aquellos hombres que aparecen de tanto en tanto sobre el planeta como un consuelo que Dios ofrece a los hombres en pago de sus penurias, y aunque no creo en la santísima Virgen, la bondad fluye de mis palabras como la piel del Himeto.

Mientras yo desencajaba los ojos asombrados, Rigoletto continuó:

—Yo podría ser abogado ahora, pero como no he estudiado no lo soy. En mi familia fui profesional del betún.

—¿Del betún?

—Sí, lustrador de botas..., lo cual me honra, porque yo solo he escalado la posición que ocupo. ¿O le molesta que haya sido profesional? ¿Acaso no se dice “técnico de calzado” el último remendón de portal, y “experto en cabellos y sus derivados” el rapabarbas, y profesor de baile el cafishio profesional?...

Indudablemente, era aquél el pillete más divertido que había encontrado en mi vida.

—¿Y ahora qué hace usted?

—Levanto quinielas entre mis favorecedores, señor. No dudo que usted será mi cliente. Pida informes...

—No hace falta...

—¿Quiere fumar usted, caballero?

—¡Cómo no!

Después que encendí el cigarro que él me hubo ofrecido, Rigoletto apoyó el corto brazo en mi mesa y dijo:

—Yo soy enemigo de contraer amistades nuevas porque la gente generalmente carece de tacto y educación, pero usted me convence..., me parece una persona muy de bien y quiero ser su amigo —dicho lo cual, y ustedes no lo creerán, el corcovado abandonó su silla y se instaló en mi mesa.

Ahora no dudarán ustedes de que Rigoletto era el ente más descarado de su especie, y ello me divirtió a punto tal que no pude menos de pasar el brazo por encima de la mesa y darle dos palmadas amistosas en la giba.

Quedose el contrahecho mirándome gravemente un instante; luego lo pensó mejor, y sonriendo, agregó:

—¡Que le aproveche, caballero, porque a mí no me ha dado ninguna suerte!

Siempre dudé que mi novia me quisiera con la misma fuerza de enamoramiento que a mí me hacía pensar en ella durante todo el día, como en una imagen sobrenatural. Por momentos la sentía implantada en mi existencia semejante a un peñasco en el centro de un río. Y esta sensación de ser la corriente dividida en dos ondas cada día más pequeñas por el crecimiento del peñasco, resumía mi deleite de enamoramiento y anulación. ¿Comprenden ustedes? La vida que corre en nosotros se corta en dos raudales al llegar a su imagen, y como la corriente no puede destruir la roca, terminamos anhelando el peñasco que aja nuestro movimiento y permanece inmutable.

Naturalmente, ella desde el primer día que nos tratamos, me hizo experimentar con su frialdad sonriente el peso de su autoridad. Sin poder concretar en qué consistía el dominio que ejercía

sobre mí, éste se traducía como la presión de una atmósfera sobre mi pasión. Frente a ella me sentía ridículo, inferior sin saber precisar en qué podía consistir cualquiera de ambas cosas.

De más está decir que nunca me atreví a besarla, porque se me ocurría que ella podía considerar un ultraje mi caricia. Eso sí, me era más fácil imaginármela entregada a las caricias de otro, aunque ahora se me ocurre que esa imaginación pervertida era la consecuencia de mi conducta imbécil para con ella.

En tanto, mediante esas curiosas transmutaciones que obra a veces la alquimia de las pasiones, comencé a odiarla rabiosamente a la madre, responsabilizándola también, ignoro por qué, de aquella situación absurda en que me encontraba. Si yo estaba de novio en aquella casa debíase a las arterias de la maldita vieja, y llegó a producirse en poco tiempo una de las situaciones más raras de que haya oído hablar, pues me retenía en la casa, junto a mi novia, no el amor a ella, sino el odio al alma taciturna y violenta que envasaba la madre silenciosa, pesando a todas horas cuántas probabilidades existían en el presente de que me casara o no con su hija. Ahora estaba aferrado al semblante de la madre como a una mala injuria inolvidable o a una humillación atroz. Me olvidaba de la muchacha que estaba a mi lado para entretenerme en estudiar el rostro de la anciana, abotagado por el relajamiento de la red muscular, terroso, inmóvil por momentos como si estuviera tallado en plata sucia, y con ojos negros, vivos e insolentes.

Las mejillas estaban surcadas por gruesas arrugas amarillas, y cuando aquel rostro estaba inmóvil y grave, con los ojos desviados de los míos, por ejemplo, detenidos en el plafón de la sala, emanaba de esa figura envuelta en ropas negras tal implacable voluntad, que el tono de la voz, enérgico y recio, lo que hacía era sólo afirmarla.

Yo tuve la sensación, en un momento dado, que esa mujer me aborrecía, porque la intimididad, a la cual ella “involuntariamente” me había arrastrado, no aseguraba en su interior las ilusiones que un día se había hecho respecto a mí.

Y a medida que el odio crecía, y lanzaba en su interior furiosas voces, la señora X era más amable conmigo, se interesaba por mi

salud, siempre precaria, tenía conmigo esas atenciones que las mujeres que han sido un poco sensuales gastan con sus hijos varones, y como una monstruosa araña iba tejiendo en redor de mi responsabilidad una fina tela de obligaciones. Sólo sus ojos negros e insolentes me espiaban de continuo, revisándome el alma y sopesando mis intenciones. A veces, cuando la incertidumbre se le hacía insoportable, estallaba casi en estas indirectas:

—Las amigas no hacen sino preguntarme cuándo se casan ustedes, y yo ¿qué les voy a contestar? Que pronto—. O si no: —Sería conveniente, no le parece a usted, que la “nena” fuera preparando su ajuar.

Cuando la señora X pronunciaba estas palabras, me miraba fijamente para descubrir si en un parpadeo o en un involuntario temblor de un nervio facial se revelaba mi intención de no cumplir con el compromiso, al cual ella me había arrastrado con su conducta habilísima.

Aunque tenía la seguridad de que le daría una sorpresa desagradable, fingía estar segura de mi “decencia de caballero”, mas el esfuerzo que tenía que efectuar para revestirse de esa apariencia de tranquilidad, ponía en el timbre de su voz una violencia meliflua, violencia que imprimía a las palabras una velocidad de cuchicheo, como quien os confía apuradamente un secreto, acompañando la voz con una inclinación de cabeza sobre el hombro derecho, mientras que la lengua humedecía los labios resecos por ese instinto animal que la impulsaba a desear matarme o hacerme víctima de una venganza atroz.

Además de voluntariosa, carecía de escrúpulos, pues fingía articular con mis ideas, que le eran odiosas en el más amplio sentido de la palabra.

Y aunque aparentemente resulte ridículo que dos personas se odien en la divergencia de un pensamiento, no lo es, porque en el subconsciente de cada hombre y de cada mujer donde se almacena el rencor, cuando no es posible otro escape, el odio se descarga como por una válvula psíquica en la oposición de las ideas. Por ejemplo, ella, que odiaba a los bolcheviques, me escuchaba deferentemente cuando yo hablaba de las rencillas de Trotsky y Stalin, y hasta llegó al extremo de fingir interesarse

por Lenin, ella, ella que se entusiasmaba ardientemente con los más groseros figurones de nuestra política conservadora. Acomodaticia y flexible, su aprobación a mis ideas era una injuria, me sentía empequeñecido y denigrado frente a una mujer que si yo hubiera afirmado que el día era noche, me contestara:

—Efectivamente, no me fijé que el sol hace rato que se ha puesto.

Sintetizando, ella deseaba que me casara de una vez. Luego se encargaría de darme con las puertas en las narices y de resarcirse de todas las dudas en que la había mantenido sumergida mi noviazgo eterno.

En tanto la malla de la red se iba ajustando cada vez más a mi organismo. Me sentía amarrado por invisibles cordeles. Día tras día la señora X agregaba un nudo más a su tejido, y mi tristeza crecía como si ante mis ojos estuvieran serruchando las tablas del ataúd que me iban a sumergir en la nada.

Sabía que en la casa, lo poco bueno que persistía en mí iba a naufragar si yo aceptaba la situación que traía aparejada el compromiso.

Ellas, la madre y la hija, me atraían a sus preocupaciones mezquinas, a su vida sórdida, sin ideales, una existencia gris, la verdadera noria de nuestro lenguaje popular, en el que la personalidad a medida que pasan los días se va desintegrando bajo el peso de las obligaciones económicas, que tienen la virtud de convertirlo a un hombre en uno de esos autómatas con cuello postizo, a quienes la mujer y la suegra retan a cada instante porque no trajo más dinero o no llegó a la hora establecida.

Hace mucho tiempo que he comprendido que no he nacido para semejante esclavitud. Admito que es más probable que mi destino me lleve a dormir junto a los rieles de un ferrocarril, en medio del campo verde, que a acarretillar un cochecito con toldo de hule, donde duerme un muñeco que al decir de la gente “debe enorgullecerme de ser padre”.

Yo no he podido concebir jamás ese orgullo, y sí experimento un sentimiento de vergüenza y de lástima cuando un buen señor se entusiasma frente a mí con el pretexto de que su esposa lo ha hecho “padre de familia”. Hasta muchas veces me he dicho

que esa gente que así procede son simuladores de alegría o unos perfectos estúpidos.

Porque en vez de felicitarnos del nacimiento de una criatura debíamos llorar de haber provocado la aparición en este mundo de un mísero y débil cuerpo humano, que a través de los años sufrirá incontables horas de dolor y escasísimos minutos de alegría.

Y mientras la “deliciosa criatura” con la cabeza tiesa junto a mi hombro soñaba con un futuro sonrosado, yo, con los ojos perdidos en la triangular verdura de un ciprés cercano, pensaba con qué hoja cortante desgarrar la tela de la red, cuyas células a medida que crecía se hacían más pequeñas y densas.

Sin embargo, no encontraba un filo lo suficientemente agudo para desgarrar definitivamente la malla, hasta que conocí al corcovado.

En esas circunstancias se me ocurrió la “idea” —idea que fue pequeña al principio como la raíz de una hierba, pero que en el transcurso de los días se bifurcó en mi cerebro, dilatándose, afianzando sus fibras entre las células más remotas— y aunque no se me ocultaba que era ésa una “idea” extraña, fui familiarizándome con su contextura, de modo que a los pocos días ya estaba acostumbrado a ella y no faltaba sino llevarla a la práctica.

Esa idea, semidiabólica por su naturaleza, consistía en conducir a la casa de mi novia al insolente jorobadito, previo acuerdo con él, y promover un escándalo singular, de consecuencias irreparables. Buscando un motivo mediante el cual podría provocar una ruptura, reparé en una ofensa que podría inferirle a mi novia, sumamente curiosa, la cual consistía:

Bajo la apariencia de una conmiseración elevada a su más pura violencia y expresión, el primer beso que ella aún no me había dado a mí, tendría que dárselo al repugnante corcovado que jamás había sido amado, que jamás conoció la piedad angélica ni la belleza terrestre.

Familiarizado, como les cuento, con mi “idea”, si a algo tan magnífico se puede llamar idea, me dirigí al café en busca de Rigoletto.

Después que se hubo sentado a mi lado, le dije:

—Querido amigo: muchas veces he pensado que ninguna mujer lo ha besado ni lo besará. ¡No me interrumpa! Yo la quiero mucho a mi novia, pero dudo que me corresponda de corazón. Y tanto la quiero que para que se dé cuenta de mi cariño le diré que nunca la he besado.

Ahora bien: yo quiero que ella me dé una prueba de su amor hacia mí... y esa prueba consistirá en que lo bese a usted. ¿Está conforme?

Respingó el corcovado en su silla; luego con tono enfático me replicó:

—¿Y quién me indemniza a mí, caballero, del mal rato que voy a pasar?

—¿Cómo, mal rato?

—¡Naturalmente! ¿O usted se cree que yo puedo prestarme por ser jorobado a farsas tan innobles? Usted me va a llevar a la casa de su novia y como quien presenta un monstruo, le dirá: “Querida, te presento al dromedario”.

—¡Yo no la tuteo a mi novia!

—Para el caso es lo mismo. Y yo en tanto, ¿qué voy a quedarme haciendo, caballero? ¿Abriendo la boca como un imbécil, mientras disputan sus tonterías? ¡No, señor; muchas gracias! Gracias por su buena intención, como le decía la liebre al cazador. Además, que usted me dijo que nunca la había besado a su novia.

—Y eso, ¿qué tiene que ver?

—¡Claro! ¿Usted sabe acaso si a mí me gusta que me besen? Puede no gustarme. Y si no me gusta, ¿por qué usted quiere obligarme?

¿O es que usted se cree que porque soy corcovado no tengo sentimientos humanos?

La resistencia de Rigoletto me enardecíó. Violentamente, le dije:

—Pero ¿no se da cuenta de que es usted, con su joroba y figura desgraciadas, el que me sugirió este admirable proyecto? ¡Piense, infeliz! Si mi novia consiente, le quedará a usted un

recuerdo espléndido. Podrá decir por todas partes que ha conocido a la criatura más adorable de la tierra. ¿No se da cuenta? Su primer beso habrá sido para usted.

—¿Y quién le dice a usted que ése sea el primer beso que haya dado?

Durante un instante me quedé inmóvil; luego, obcecado por ese frenesí que violentaba toda mi vida hacia la ejecución de la “idea”, le respondí:

—Y a vos, Rigoletto, ¿qué se te importa?

—¡No me llame Rigoletto! Yo no le he dado tanta confianza para que me ponga sobrenombres.

—Pero ¿sabés que sos el contrahecho más insolente que he conocido?

Amainó el jorobadito y ya dijo:

—¿Y si me ultrajara de palabra o de hecho?

—¡No seas ridículo, Rigoletto! ¿Quién te va a ultrajar? ¡Si vos sos un bufón! ¿No te das cuenta? ¡Sos un bufón y un parásito! ¿Para qué hacés entonces la comedia de la dignidad?

—¡Rotundamente protesto, caballero!

—Protestá todo lo que quieras, pero escuchame. Sos un desvergonzado parásito. Creo que me expreso con suficiente claridad ¿no?

Les chupás la sangre a todos los clientes del café que tienen la imprudencia de escuchar tus melifluas palabras. Indudablemente no se encuentra en todo Buenos Aires un cínico de tu estampa y calibre. ¿Con qué derecho, entonces, pretendés que te indemnicen si a vos te indemniza mi tontería de llevarte a una casa donde no sos digno de barrer el zaguán? ¡Qué más indemnización querés que el beso que ella, santamente, te dará, insensible a tu cara, el mapa de la desvergüenza!

—¡No me ultraje!

—Bueno, Rigoletto, ¿aceptás o no aceptás?

—¿Y si ella se niega a dármelo o quedo desairado?...

—Te daré veinte pesos.

—¿Y cuándo vamos a ir?

—Mañana. Cortate el pelo, limpiate las uñas...

—Bueno..., présteme cinco pesos...

—Tomá diez.

A las nueve de la noche salí con Rigoletto en dirección a la casa de mi novia.

El giboso se había perfumado endiabladamente y estrenaba una corbata plastrón de color violeta.

La noche se presentaba sombría con sus ráfagas de viento encallejonadas en las bocacalles, y en el confín, tristemente iluminado por oscilantes lunas eléctricas, se veían deslizarse vertiginosas cordilleras de nubes.

Yo estaba malhumorado, triste. Tan apresuradamente caminaba que el cojo casi corría tras de mí, y a momentos tomándome del borde del saco, me decía con tono lastimero:

—¡Pero usted quiere reventarme! ¿Qué le pasa a usted?

Y de tal manera crecía mi enfurecimiento que de no necesitarlo a Rigoletto lo hubiera arrojado de un puntapié al medio de la calzada.

¡Y cómo soplaba el viento! No se veía alma viviente por las calles, y una claridad espectral caída del segundo cielo que contenían las combadas nubes, hacía más nítidos los contornos de las fachadas y sus cresterías funerarias.

No había quedado un trozo de papel por los suelos. Parecía que la ciudad había sido borrada por una tropa de espectros. Y a pesar de encontrarme en ella, creía estar perdido en un bosque.

El viento doblaba violentamente la copa de los árboles, pero el maldito corcovado me perseguía en mi carrera, como si no quisiera perderme, semejante a mi genio malo, semejante a lo malvado de mí mismo que para concretarse se hubiera revestido con la figura abominable del giboso.

Y yo estaba triste. Enormemente triste, como no se lo imaginan ustedes. Comprendía que le iba a inferir un atroz ultraje a la fría calculadora; comprendía que ese acto me separaría para siempre de ella, lo cual no obstaba para que me dijera a medida que cruzaba las aceras desiertas:

—Si Rigoletto fuera mi hermano, no hubiera procedido lo mismo.

—Y comprendía que sí, que si Rigoletto hubiera sido mi hermano, yo toda la vida lo hubiera compadecido con angustia

enorme. Por su aislamiento, por su falta de amor que le hiciera tolerable los días colmados por los ultrajes de todas las miradas. Y me añadía que la mujer que me hubiera querido debía primero haberlo amado a él.

De pronto me detuve ante un zaguán iluminado:

—Aquí es.

Mi corazón latía fuertemente. Rigoletto atiesó el pescuezo y, empinado sobre la punta de sus pies, al tiempo que se arreglaba el moño de la corbata, me dijo:

—¡Acuérdese! ¡Usted es el único culpable! ¡Que el pecado...!

Fina y alta, apareció mi novia en la sala dorada.

Aunque sonreía, su mirada me escudriñaba con la misma serenidad con que me examinó la primera vez cuando le dije: “¿me permite una palabra, señorita?”, y esta contradicción entre la sonrisa de su carne (pues es la carne la que hace ese movimiento delicioso que llamamos sonrisa) y la fría expectativa de su inteligencia discerniéndome mediante los ojos, era la que siempre me causaba la extraña impresión.

Avanzó cordialmente a mi encuentro, pero al descubrir al contrahecho, se detuvo asombrada, interrogándonos a los dos con la mirada.

—Elsa, le voy a presentar a mi amigo Rigoletto.

—¡No me ultraje, caballero! ¡Usted bien sabe que no me llamo Rigoletto!

—¡A ver si te callás!

Elsa detuvo la sonrisa. Mirábame seriamente, como si yo estuviera en trance de convertirme en un desconocido para ella. Señalándole una butaca dorada le dije al contrahecho:

—Sentáte allí y no te muevas.

Quedose el giboso con los pies a dos cuartas del suelo y el sombrero de paja sobre las rodillas y con su carota atezada parecía un ridículo ídolo chino. Elsa contemplaba estupefacta al absurdo personaje.

Me sentí súbitamente calmado.

—Elsa —le dije—, Elsa, yo dudo de su amor. No se preocupe por ese repugnante canalla que nos escucha. Óigame: yo dudo...

no sé por qué..., pero dudo de que usted me quiera. Es triste eso..., créalo...

Demuéstrame, déme una prueba de que me quiere, y seré toda la vida su esclavo.

Naturalmente, yo no estaba seguro de lo que quería expresar “toda la vida”, pero tanto me agradó la frase que insistí:

—Sí, su esclavo para toda la vida. No crea que he bebido. Sienta el olor de mi aliento.

Elsa retrocedió a medida que yo me acercaba a ella, y en ese momento, ¿saben ustedes lo que se le ocurre al maldito cojo? Pues: tocar una marcha militar con el nudillo de sus dedos en la copa del sombrero.

Me volví al cojo y después de conminarle silencio, me expliqué:

—Vea, Elsa, y la única prueba de amor es que le dé un beso a Rigoletto.

Los ojos de la doncella se llenaron de una claridad sombría. Caviló un instante; luego, sin cólera en la voz, me dijo muy lentamente:

—¡Retírese!

—¡Pero!...

—¡Retírese, por favor...; váyase!...

Yo me inclino a creer que el asunto hubiera tenido compostura, créanlo..., pero aquí ocurrió algo curioso, y es que Rigoletto, que hasta entonces había guardado silencio, se levantó exclamando:

—¡No le permito esa insolencia, señorita..., no le permito que lo trate así a mi noble amigo! Usted no tiene corazón para la desgracia ajena. ¡Corazón de peñasco, es indigna de ser la novia de mi amigo!

Más tarde mucha gente creyó que lo que ocurrió fue una comedia preparada. Y la prueba de que yo ignoraba lo que iba a ocurrir, es que al escuchar los despropósitos del contrahecho me desplomé en un sofá riéndome a gritos, mientras que el giboso, con el semblante congestionado, tieso en el centro de la sala, con su bracito extendido, vociferaba:

—¡Por qué usted le dijo a mi amigo que un beso no se pide..., se da! ¿Son conversaciones esas adecuadas para una que presume de señorita como usted? ¿No le da a usted vergüenza?

Descompuesto de risa, sólo atiné a decir:

—¡Callate, Rigoletto; callate!...

El corcovado se volvió enfático:

—¡Permítame, caballero...; no necesito que me dé lecciones de urbanidad!

—Y volviéndose a Elsa, que roja de vergüenza había retrocedido hasta la puerta de la sala, le dijo—: ¡Señorita... la conmino a que me dé un beso!

El límite de resistencia de las personas es variable. Elsa huyó arrojando grandes gritos y en menos tiempo del que podía esperarse aparecieron en la sala su padre y su madre, la última con una servilleta en la mano.

¿Ustedes creen que el cojo se amilanó? Nada de eso. Colocado en medio de la sala, gritó estentóreamente:

—¡Ustedes no tienen nada que hacer aquí! ¡Yo he venido en cumplimiento de una alta misión filantrópica!... ¡No se acerquen! —Y antes de que ellos tuvieran tiempo de avanzar para arrojarlo por la ventana, el corcovado desenfundó un revólver, encañonándolos.

Se espantaron porque creyeron que estaba loco, y cuando los vi así inmovilizados por el miedo, quedéme a la expectativa, como quien no tuviera nada que hacer en tal asunto, pues ahora la insolencia de Rigoletto parecíame de lo más extraordinaria y pintoresca.

Este, dándose cuenta del efecto causado, se envalentonó:

—¡Yo he venido a cumplir una alta misión filantrópica! Y es necesario que Elsa me dé un beso para que yo le perdone a la humanidad mi corcova. A cuenta del beso, sírvanme un té con coñac. ¡Es una vergüenza cómo ustedes atienden a las visitas! ¡No tuerza la nariz, señora, que para eso me he perfumado! ¡Y tráigame el té!

¡Ah, inefable Rigoletto! Dicen que estoy loco, pero jamás un cuerdo se ha reído con tus insolencias como yo, que no estaba en mis cabales.

—Lo haré meter preso...

—Usted ignora las más elementales reglas de cortesía —insistía el corcovado—. Ustedes están obligados a atenderme como a un caballero. El hecho de ser jorobado no los autoriza a despreciarme. Yo he venido para cumplir una alta misión filantrópica. La novia de mi amigo está obligada a darme un beso. Y no lo rechazo. Lo acepto. Comprendo que debo aceptarlo como una reparación que me debe la sociedad, y no me niego a recibirlo.

Indudablemente... si allí había un loco, era Rigoletto, no les quede la menor duda, señores. Continuó él:

—Caballero... yo soy...

Un vigilante tras otro entraron en la sala. No recuerdo más nada.

Dicen los periódicos que me desvanecí al verlos entrar. Es posible.

¿Y ahora se dan cuenta por qué el hijo del diablo, el maldito jorobado, castigaba a la marrana todas las tardes y por qué yo he terminado estrangulándole?

LA PRUEBA DE ¿AMOR?

-Análisis de “El jorobadito”-

En el mítico, infinitamente lejano tiempo ficcional del “había una vez”, la historia del príncipe-sapo enseña los terribles poderes que, en versión masculina, tiene una mujer. Hechizado por una Bruja de perversidad y maldad inagotables, un hombre ha sido destronado: el príncipe se transformó en sapo, pasó del castillo a la charca y no le quedó más que esperar. ¿Esperar qué? Que llegara la Otra Mujer, la Doncella pura, a deshacer con su beso lo que la Bruja hizo, a sacarlo de la charca y reponerlo en el trono.

Mujer sola y libre, la Bruja, cuyos poderes-saberes de *calderos* hirvientes y *escobas* fabulosas se generaron e independizaron en el territorio femenino que, por ser su cárcel, está intocado por el hombre: el ámbito doméstico. La princesa en cambio todavía es “hija”: su padre, dueño y señor, custodia y reina sobre su virginidad. Ella no sabe aún de sus ocultos poderes, del tesoro del abismo de su cuerpo; no sabe que es la contraparte de la Bruja, que su cuerpo resonó en el hechizo de la Otra.

Es que si una mujer sola, desatada en su poder descomunal, transformó en sapo a un amo, son sólo latentes poderes de doncella, únicamente en tanto prisioneros de un rey, otro amo, los que pueden devolver el mando al señor defenestrado. Y así la princesa usa sumisamente su potencia para cambiar de amo: besa a un sapo y encuentra esposo.

¿Esta potencia es secreta para ella? La conoce el sapo, que insiste en ser besado. La intuye el padre, que le ordena besarlo. Librada a su antojo, ¿usaría ella benéficamente esta potencia? ¿No será pura obediencia la utilización “buena” del poder femenino?

Convertir, poder de mujeres. Y dos modos de usarlo: el independiente, des-controlado por varones, que los destrona; el sumiso, que repara la catástrofe. El hechizo malo contiene en sí mismo la posibilidad de conjurarlo: la virgen de sexualidad controlada por los varones limita el otro poder-saber escalofriante.

Te convertirás en autómata...

“En la casa de la señora X yo ‘hacía de novio’ de una de las niñas”, cuenta el narrador de “El jorobadito”. Noviazgo atravesado, como todo noviazgo en Arlt, por la trampa y por la duda.

Estratega de la trampa, la suegra: “Fui atraído, insensiblemente, a la intimidad de esa familia por una hábil conducta de la señora X, que procedió con un determinado exquisito tacto y que consiste en negarnos un vaso de agua para poner a nuestro alcance, y como quien no quiere, un frasco de alcohol”.

Cómplice activa de la suegra, señuelo, cuerpo femenino que embriaga como alcohol: la hija.

La duda se declara, pero coexiste con una certeza previa que ya la resolvió. El novio dice dudar de que Elsa lo quiera “con la misma fuerza de enamoramiento que a mí me hacía pensar en ella durante todo el día, como en una imagen sobrenatural”. Se *declara* la duda, pero el narrador ya ha tomado partido: Elsa es una “roca”, “fría”, “no tiene corazón”, la sensibilidad de su novio le es inaccesible y toda la “prueba de amor” que el personaje le preparará (el beso al jorobadito) tiene su resultado construido de antemano:

“Comprendía que le iba a inferir un feroz ultraje a la fría calculadora; comprendía que ese acto me separaría para siempre de ella.”

Confirmando lo que el narrador anuncia en la primera descripción de Elsa, Rigoletto la recrimina, cuando ella niega el beso, con los mismos predicados que el narrador usó: “Usted no tiene corazón para la desgracia ajena. ¡Corazón de peñasco, es indigna de ser la novia de mi amigo!”.

Por todo eso la “prueba de amor” es al mismo tiempo una idea que surge buscando cómo destruir esa relación, “buscando un motivo mediante el cual (...) promover una ruptura”. Es que *dudando/teniendo certeza* de que suegra y novia le tienden una trampa, el varón “*incauto*”/*sumamente cauto* debe escapar.

¿Cuál es el objetivo de la trampa?

“Ellas, la madre y la hija, me atraían a sus preocupaciones mezquinas, a su vida sórdida, sin ideales, una existencia gris, la verdadera noria de nuestro lenguaje popular, en el que la verdadera personalidad a medida que pasan los días se va desintegrando bajo el peso de las obligaciones económicas, que tienen la virtud de *convertirlo a un hombre* en uno de los autómatas con cuello postizo, a quienes la mujer y la suegra retan a cada instante porque no trajo más dinero o no llegó a la hora establecida.”

Una y otra vez señaló la crítica de Arlt el rechazo a la legalidad pequeño-burguesa en fragmentos de este tipo. El enfrentamiento de los novios con sus suegras y mujeres suele leerse como expresión de contestación y denuncia del orden social.

Refiriéndose a las suegras, Masotta (1965), por ejemplo, escribe:

“En Arlt las suegras representan algo así como el instrumento a través del cual la sociedad se perpetúa a sí misma”. Desarrolla y explica luego los mecanismos por los cuales ellas funcionan como perpetuadoras del orden, y dice: “Para Arlt *no es nada más que eso* lo que hace a la *estructura de conducta* de esa entidad ‘suegra’ que aparece en sus novelas, y el asombro, la inocencia intencionada y la *objetividad* que pone en la ‘pintura’, lo hace semejante a un *etnólogo* que trataría de descubrir las formas de cambio o las relaciones humanas efectivas de una sociedad indígena, por la comprensión del papel de las mujeres adultas en la formación de la línea del parentesco.”³

Es realmente llamativo que uno de los más interesantes lectores críticos de Roberto Arlt, alguien capaz de desconfiar de la rebeldía arltiana y su rechazo a la sociedad, señalando sus contradicciones, se limite —cuando de suegras se trata— a aceptar y admirar sin reservas estas afirmaciones, al punto de hablar de su “objetividad” y comparar las descripciones de estas suegras literarias con la tarea científica de un etnólogo (etnólogo

3. En todas las citas de este ensayo, salvo que se aclare lo contrario, los subrayados en cursiva son míos. En esta de Masotta el subrayado que no es mío es “estructura de conducta”.

estructuralista, llega a explicar, aludiendo a Levy Strauss con el entusiasmo de un lector de fines de los '50).

Llamativo, digo, no porque los libros de Arlt “mientan” y no existan suegras que cumplan la función de conservar el orden social; pero estoy trabajando el tejido ideológico, no la burda referencialidad y en la literatura arltiana, esta acusación contra las mujeres (suegras, novias, esposas) tiende —espero demostrarlo— a achacarles la responsabilidad de mantener la injusticia en el Orden de Clases y a transformar esa “culpa” en el pretexto de otras “culpas” que ya no tienen que ver con la injusticia social y la lucha de clases, sino con la *lucha de géneros*, con el hecho de ser mujeres y nada más, es decir: misteriosos seres incomprensibles, poderosas tal vez (si se las deja libres) como la libérrima hechicera de nuestro cuento de hadas.

Nada de esto es percibido por Masotta, pese a que —pronto lo veremos— en los textos de Arlt las suegras se construyen con palabras que materialmente remiten al campo semántico de la brujería femenina, incognoscible, aterradora.

Es más: un análisis breve y textual del fragmento de Masotta revela *su* propio terror masculino, terror que seguramente le impide leer en las suegras de Arlt algo más interesante que la descripción de estereotipos sociales que él, con ingenuidad, considera personas reales:

“En Arlt, estos *seres desorbitados* (las suegras) caricaturizan las contradicciones vividas por la clase que pretende adscribirse a la esfera de los poseedores. Tener no significa solamente poseer objetos, sino poseer objetos *para poseer a través de ellos a los hombres*. Tener es *tener hombres*”.

Es notable cómo se disfraza la misoginia de izquierdismo de clase. Acá Masotta quiere usar los “hombres” en sentido universal, como seres humanos que son poseídos por los poseedores de objetos (otros seres humanos); estamos frente a una formulación de la ambición desmedida de las suegras, en términos de clase. Sin embargo, las palabras no son inocentes y el uso que hace el lenguaje del masculino plural “hombres” para enunciar un supuesto universal humano deja filtrar otro sentido, sumamente arltiano: las suegras, “seres desorbitados”, desean des-

orbitadamente (como la bruja de nuestro cuento) poseer a los varones, “tener hombres”, someterlos, “atarlos a sus preocupaciones mezquinas”, al cuello duro de la oficina o a la charca a que están destinados los sapos.

No sólo Oscar Masotta y, en general, la crítica patriarcal, escrita por varones o mujeres, fue incapaz de leer ese terror ancestral misógino, que se junta con el terror pequeño-burgués a la caída en la clase proletaria (esto sí se leyó con sutileza): Diana Guerrero (1972), atrapada por la ilusión del realismo social, por su concepción de la literatura como reflejo directo de relaciones sociales y por un tipo de discurso marxista donde la lucha de géneros no existe, sólo importa la de clases, escribe:

“El matrimonio es la primera gran derrota dentro del universo arltiano porque obliga a asumir definitivamente la vida cotidiana de la pequeña burguesía (...) [La suegra], delegada por la sociedad, controla el cumplimiento de su sentido [se refiere al noviazgo] de antesala mentirosa y dorada desde la cual se accede a la vida pequeño-burguesa (...) En medio de este juego, el personaje se debate entre su atracción ambigua por la novia y su odio a la futura suegra, encargada de desplegar en todo momento la verdad del lazo que los reúne (...) De este modo, el triunfo de la mujer cuando logra casarse, adquiere para el hombre el significado de una claudicación ante la mediocridad pequeño-burguesa.”⁴

4. En esta cita de Diana Guerrero el noviazgo y el casamiento son únicamente trampas del orden burgués. Como veremos luego, en ese momento eran, además de eso, una urgencia imprescindible para la sobrevivencia de las mujeres. Obnubilada por la clase, Guerrero ignora su propia condición de género. Esto muestra hasta dónde la *mirada de género*, esa que ciertas líneas feministas denominan “femenina”, no tiene por qué corresponderse con la *mirada que tiene una persona mujer*. Así como algunos hombres han visto por momentos, con mirada femenina, los mecanismos refinados y complejos con que la sociedad patriarcal construye mujeres sumisas —Ibsen, Puig, etc.—, algunas no pueden apartarse de la mirada masculina; la mirada subversiva femenina de la que hablan ciertos sectores del feminismo no está garantizada por la condición biológico-sexual de la que observa, requiere de un esfuerzo de conciencia, comprensión y reflexión. Así lo plantea, por ejemplo, Ecker (1986).

Leamos nuevamente aquel fragmento de “El jorobadito”. No conviene ocultar una lucha de géneros donde se derrota sistemáticamente al mismo bando cada vez que la batalla es decisiva.

“Ellas, la madre y la hija, me atraían a sus preocupaciones mezquinas, a su vida sórdida, sin ideales, una existencia gris, la verdadera noria de nuestro lenguaje popular, en el que la verdadera personalidad a medida que pasan los días se va desintegrando bajo el peso de las obligaciones económicas, que tienen la virtud de *convertirlo a un hombre* en uno de esos autómatas con cuello postizo, a quienes la mujer y la suegra retan a cada instante porque no trajo más dinero o no llegó a la hora establecida.”

El hombre aparece incauto y débil frente al poder femenino y este aparece como conservador del Orden de Clases (recordemos que en *El juguete rabioso* es una mujer, la madre, la que envía a trabajar a Silvio Astier). Pero en la descripción de ese poder se cuele, sin embargo, un campo semántico que *no es de clases*: el de la bruja satánica que mantiene a un prisionero con sus hechizos.

“Si yo estaba de novio en aquella casa debíase a las *arterías de la maldita vieja* (...) estaba aferrado al semblante de la madre como a una *mala injuria inolvidable* o a una *humillación atroz*.”

¿Qué otra cosa es el conjuro que convierte a un poderoso príncipe-hombre en sapo-autómata sometido, sino un discurso insultante (injuria), inolvidable por lo eficaz, que humilla atrocemente, que destrona?

La vieja bruja y su cómplice contracara, la doncella (pero sin padre, sin rey que oriente bienamente su fuerza), enfrentadas al príncipe sapo. Guerra encarnizada, guerra de poderes-saberes donde ellas serán magas creadoras pero el varón no es ni incauto ni débil porque tiene su arma: el pene que nombra el poder del Falo.⁵

5. El falo no es el pene, nadie tiene el Falo, sostiene Lacan. El Falo es la universalidad de la norma y de la ley, el que posibilita el sentido, la producción simbólica, la cultura. Sin embargo, el Falo surge “motivado por el pene”. Y el pene sí lo tienen algunos. “Se puede decir que ese significante es elegido como el más saliente de lo que se puede atrapar en lo real de la copulación sexual (...), que por su surgencia es la imagen del flujo vital en tanto se transmite en la generación”

La virginidad no es ni siquiera un tigre de papel

“Y mientras la ‘deliciosa criatura’ con la cabeza tiesa junto a mi hombro soñaba con un futuro sonrosado, yo (...) pensaba con qué *hoja cortante desgarrar la tela de la red*, cuyas *células* a medida que crecían se hacían más pequeñas y densas.”

El cruce de los semas de “lo tejido” y “lo orgánico”⁶, la metáfora obviamente fálica de la hoja cortante, dibujan con claridad una connotación de la trampa que en *El amor brujo*, por ejemplo, ocupa todo el lugar, pero que siempre está presente connotativamente en las trampas-noviazgos de Arlt. Me refiero por supuesto al himen, red cazadora que atrapa al novio que no lo desgarrar a tiempo. Himen-señuelo que la madre ha tejido-custodiado para atrapar al “incauto”: “como una monstruosa araña iba tejiendo en redor de mi responsabilidad una fina tela de obligaciones”.

El himen, tela que obliga, entelequia cuya azarosa existencia fisiológica en realidad nunca importa, porque están las que nacen sin él, o las que lo tienen tan elástico que no se rompe sino hasta varias penetraciones, o las que lo “pierden” en situaciones que nada tienen que ver con una relación sexual, o en las que no participa un varón. Aquella prueba de “honra” femenina, tan valorada por su objetividad que hasta se llama a médicos para que la testifiquen, solamente es material y potente en tanto signo, en tanto palabra de hombre sobre un cuerpo de mujer. El himen es un signo y, como dice Voloshinov (1976) que ocurre son todo signo, contiene una valoración; es la valoración de una mujer que sólo puede sancionar el hombre, es un saber-poder del cuerpo masculino que ya poseyó-marcó el cuerpo femenino con su

(Lacan, 1975). Por eso, si bien el Falo no es el pene, es ese significante y no otro (los senos, por ejemplo, también “turgentes”, también “plenos de flujo vital”) el que queda como motivador de esta “instancia estructurante” de ley y cultura, en una cultura y una ley donde lo hegemónico es lo masculino. En ese sentido nuestro novio “desvalido” apela al poder de su condición sexual a partir de su pene.

6. Por sema entiendo una unidad de significado, de sentido, y siguiendo una forma de notación que usa Roland Barthes (1980) en *S/Z*, cada vez que encuentro un sema lo enuncio entre comillas.

sentencia: “sí, existió porque yo lo rompí” o —como en el cuerpo de Irene en *El amor brujo*— “no existió”, ella “hizo la comedia”.

En “El jorobadito”, el novio dice: “no encontraba un *filo* lo suficientemente *agudo* para desgarrar definitivamente la malla hasta que conocí al corcovado”. Ese filo agudo, esa hoja cortante, es el filo-falo, arma para la guerra de este novio; arma que usa burdamente, sin ninguna metáfora, Estanislao Balder en *El amor brujo*, pero que acá se perfila connotativa y sutilmente enredada con otras: con un personaje deforme y con un declarado, exhibido escándalo contra las convenciones pequeño-burguesas: el beso a Rigoletto.

En ese orden tramposo y mentiroso del noviazgo en la “sala dorada”, ¿se trata de denunciar el Orden de Clases, como dice Guerrero? ¿O de combatir y vencer el temido poder de las mujeres? ¿O de ambas cosas?

La idea para “desgarrar la red”, para romper el noviazgo, no es presentada solamente como un ejercicio libertario de un novio que simpatiza con los bolcheviques y odia el régimen burgués, frente a una suegra conservadora, reaccionaria y maquiavélica. También es llamada “prueba de amor”. “Prueba de amor” pero también “ofensa”, porque se trata de besar al otro, pero no como otredad absoluta sino como el otro de mí, mi otra cara. Si el narrador es “buenmozo”, el otro no tuvo precisamente esa suerte; a uno “no deben faltarle novias”, el otro no tuvo nunca ninguna; uno es un “caballero”, el otro es “desvergonzado”, “descarado”, “insolente”, “indecente”, “indecoroso”. Pero el otro de uno es, inquietantemente, el doble de ese uno. Y así el narrador no sólo nunca pudo “escapar al nauseoso pensamiento de imaginarse corcovado, grotesco, espantoso”, sino que se identifica —y el texto lo identifica— numerosas veces con el jorobadito, lo que permite leer entre ambos un juego de dobles.

En efecto, el narrador también se construye en el texto, desde el comienzo, con predicados de un ser marginal y “deforme”: “apartó en su tiempo a mucha gente de mi lado”, “mis singularidades”; el calabozo donde está alojado se contagia de él y se vuelve “leproso”; narrador y Rigoletto mantienen un fuerte lazo de unión desde la fascinación infantil del primero por los

jorobados: “desde mi tierna infancia me llamaron la atención los contrahechos. Los odiaba al tiempo que me atraían...”; el sema “lo distinto” aparece una y otra vez en predicados de ambos, con sus dos valores: lo distinto que es por eso horrendo, lo distinto que es por eso superior. Así, el narrador es “bondadoso naturalmente” pero se vuelve cínico y cruel porque su condición de distinto le da particular lucidez. Rigoletto, por su parte, es “más bueno que el pan francés”.

En el discurso irónico y ebrio del jorobado (“¿dónde está la banda de música con que debían festejar mi hermosa presencia? ¿Y los esclavos que tienen que ungerme de aceite, dónde se han metido?”), resuena con amargura la convicción de que los dos valores del ser distinto son caras opuestas de la marginalidad. Es como si la voz “seria” del narrador tuviera como contrapartida la voz grotesca, repugnante, irónica, del personaje Rigoletto. Por eso las virtudes del narrador, el respeto que supuestamente merece, suenan con su verdadera voz de falsete en los elogios de Rigoletto (“¡Qué buen mozo es usted!”, “caballero”).

Desde esta evidencia textual, el plan de pedir a la novia que bese a Rigoletto se carga de sentidos inquietantes: la novia va a ser besada por el doble. Antes de la aparición de ese proyecto, el narrador cuenta: “De más está decir que nunca me atreví a besarla, porque se me ocurría que ella podía considerar un ultraje mi caricia” (y será el pedido del beso, metonimia del ultraje de la posesión, la ofensa que inferirá la entidad narrador/jorobadito). “Eso sí, me era más fácil imaginármela entregada a las caricias de otro.”

Las caricias del otro: de mi “genio malo”, del deforme repugnante que hay en mí, deforme que Elsa no conoce pero tiene la “inocente” virtud de hacer aparecer, porque hace sentir al narrador “ridículo e inferior” como es ridículo e inferior Rigoletto, como lo es el sapo del cuento infantil frente a la bella princesa.

En efecto, Rigoletto es mirado por el narrador “con la curiosidad de quien mira *un sapo* que *ha brotado* frente a él”. He aquí, finalmente pronunciado, el sapo de nuestro príncipe. ¿Curiosidad del yo frente a su doble, brotando objetivado frente a él como en un maleficio?

Este sapo-jorobadito-genio malo del narrador será conducido frente a la virgen para desatar el escándalo, por un lado, y confirmar el fracaso de la bella ante la “prueba de amor”, por el otro. ¿Rechazo del Orden de Clases, representado por el noviazgo pequeño-burgués? Pero el rechazo muestra también su rostro de nostalgia incurable por ese Orden de Clases que a su vez rechaza a este varón; es que en este sistema, su lugar (a diferencia del que ocupan otros varones) no es el del príncipe: sé que mi novia, “fría”, “sin corazón”, no aceptará a este deforme (no *me* aceptará); sé que por eso se lo llevo, para liberarme de ella y de una sociedad atroz donde debo trabajar, ser explotado y someterme, a la cual ella y su madre me atraen.

Y en ese acto de destrucción hay una súplica sin la menor esperanza (“Y yo estaba triste. Enormemente triste”): la de ser aceptado, la de ser rehabilitado por una Mujer-Sociedad-Humanidad que marginó y condenó.

La sociedad tiene cara de mujer

“La novia de mi amigo está obligada a darme un beso. (...) Comprendo que debo aceptarlo como una reparación que me debe *la* sociedad”, dice Rigoletto. Y antes dijo: “es necesario que Elsa me dé un beso para que yo le perdone a *la* humanidad mi corcova.”

La humanidad, *la* sociedad, femeninos morfológicos que ocupan el lugar de la hechicera malvada que lo transformó en sapo. En medio de una escena desopilante, del humor grotesco, de la risa del narrador y del lector, un curioso lamento nada risueño asoma confundiendo ideología con naturaleza, presentando sus deudas a una sociedad ferozmente dividida en clases, pero presentándola en confusión con masculinos terrores inconscientes. Una vez más, el Orden de Géneros aporta sus discursos hegemónicos para contribuir a la conservación del Orden de Clases.

Confundir ideología con naturaleza: el lugar social del humillado (posición de la conciencia determinada por su existencia material) se erige en el lugar *natural* de un cuerpo deforme

frente a los bien formados (“bien nacidos”, dice el cuento), el de un jorobado.

Jorobados, cojas, bizcas... Como siempre en Arlt, el humillado ha nacido humillado, su destino está marcado en el cuerpo. ¿Quién ha provocado la fatalidad? La naturaleza, que “hizo brotar” la giba en una perversa demostración de sus poderes desatados, como hechicera maligna. Naturalización de la ideología e ideologización de la naturaleza constituyen un cuerpo temido: la naturaleza es mujer, origen y gestación. Entonces, el fantasma de la mujer perversa superpuesto a la naturaleza inexplicablemente cruel y potente se confunde con la inmensa e ideológica lista de cuentas por cobrar a una sociedad de humilladores y humillados, todo se entremezcla en la súplica del doble horrendo mientras el narrador, el escéptico, se desternilla de risa.

En el nombre de las “personas bien nacidas”

Y la trama llega a su clímax, pero el relato a su fin. Expeditivamente, como si el texto tuviera un tiempo para terminar y ya se hubiera vencido, entran sin ninguna motivación coherente “un vigilante tras otro” y el narrador se desmaya. En tres renglones el relato termina: “¿Y ahora se dan cuenta por qué el hijo del diablo, el maldito jorobado, castigaba a la marrana todas las tardes y por qué yo he terminado estrangulándolo?”.

Aunque está planteada como una pregunta retórica, no encuentra la respuesta “sí”. La trama dio cuenta del escándalo en la casa de la señora X; las connotaciones nos hacen identificar como dobles al narrador y al jorobado, pero no, no nos damos cuenta: eso no explica ni el castigo diario a la marrana ni el estrangulamiento. Y sin embargo, la relación causal está dicha por el inconsciente del texto, atípica, escandalosa. Arlt es un escritor de lapsus.

Castigar a la marrana, más humillada que un lumpen jorobado porque es cerda, más humillada que un cerdo porque es *hembra*. Aquí está el lugar donde el pobre sapo indefenso es, como la bruja, demoníaco, y usa su poder para someter. “Hijo

del diablo”, “maldito”, el narrador se liga a él como padre a hijo: “¿Qué te ha hecho la marrana? (...) Escuchá mis *paternales* advertencias, Rigoletto...”. Y entonces es el diablo.

¿Por qué Rigoletto está “todas las tardes” con el narrador y la cerda? Con esa desprolijidad narrativa tan arltiana, el episodio aparece al comenzar el relato sin explicación alguna y se retoma al final, como si todo el cuento fuera la demostración del por qué de ese castigo. Es como si el mismo imaginario misógino que confunde el Orden de Clases humillante con el oscuro y humillado poder femenino (astucias de sometidas) confesara y denunciara, desde esta anécdota —inexplicable en la economía narrativa—, dos cosas: otra relación de poder y sometimiento donde es *la hembra* la víctima del varón y el oculto poder “diabólico” del príncipe sapo.

Mas la denuncia no tiene la menor esperanza. La ideología es naturaleza y fatalidad, por lo tanto nada puede ser cambiado: de un jorobado, “señalado de Dios” (como se dice en *El juguete rabioso*),⁷ “estaba escrito”, provienen dificultades.

Pero el diablo no es príncipe. Para serlo, necesita que la marrana humillada se proyecte en la suegra humilladora y se lance sobre él a transformarlo en sapo. Sólo así será príncipe, amenazado todo el tiempo por su estado de sapo. Sólo así tendrá *un lugar social*.

No hay alternativa: el torturador demoníaco de cerdas es el torturado por la suegra diabólica en la honesta sala dorada. Y se huye de allí, se usa el arma, se rompe la tela, se pateo el tablero. Pero el tablero, en el piso, queda intacto. El narrador se encarga de sancionar su propia desobediencia asesinando al doble, reflejo atroz de su condición “verdadera”, y confirma el lugar abyecto que el Orden de Clases le ha destinado: da al jorobadito el trato que merece “un insigne piojoso, al cual, para pagarle de su *insolencia*” (in-sólito, lo que no es frecuente, lo que la norma no acepta) “resultaran insuficientes todos los puntapiés que pudieran suministrarle en el trasero, una brigada de personas bien nacidas.”

7. Arlt, Roberto, *El juguete rabioso*, Bs. As., Losada, 1985.

Pero no son las “personas bien nacidas” las que ensucian sus manos castigando al insolente, esas no van a la cárcel; es su portavoz, un mal nacido como Rigoletto, alguien que es carne de su carne, quien lleva a la coherencia perfecta el castigo, produciendo un movimiento doble: desnuda-denuncia, por un lado, la hipocresía del orden social; pero por el otro lo confirma, lo fortifica como un policía eficiente. Policía cuya eficiencia es total, porque el asesinato lo coloca en el lugar abyecto que siempre fue suyo: “las leprosas paredes del calabozo” donde está alojado “a la espera de un destino peor”... uno peor que el destino de la “sala dorada”.

Sí, porque los novios de Arlt siempre encuentran un “destino peor” cuando dejan la normalidad pequeño burguesa de sus novias. Este narrador estrangula y va preso, el de “Las fieras” se vuelve cafishio lumpen, el de “Ester Primavera”, lumpen tuberculoso. Erdosain secuestra y asesina al dejar su condición de casado. El Rufián Melancólico, el Astrólogo, el Buscador de Oro: todos solos, marginales, criminales o ladrones.

En este borde, entre el rechazo y la confirmación, se construye (con sutileza deslumbrante) esta historia.

LOS SIETE LOCOS

FRAGMENTO DE “DOS ALMAS”

Su corazón trabajaba con golpes roncós, propulsando la masa de su sangre, y una frialdad de agua le erizó el vello de la espalda. Con los párpados tiesos y el cuerpo rígido aguardaba un acontecimiento. De pronto comprendió que si continuaba en esa postura gritaría de miedo, y recogiendo los talones, con las piernas cruzadas como un Buda, aguardó en la oscuridad. Su aniquilamiento era intenso, mas no podía llamar a nadie, ni tampoco llorar. Y sin embargo, no era cosa de continuar así toda la noche, en cuclillas.

Encendió un cigarrillo y lo inmovilizó un gran frío.

La Coja estaba de pie junto al canto del biombo, examinándolo con su venenosa mirada fría. El cabello dividido en dos lisos bandos le cubría las orejas con sus alas rojas, y los labios de la mujer estaban apretados. Todo denotaba en ella un exceso de atención, pero Erdosain tuvo miedo. Por fin atinó a decir:

—¡Usted!

El fósforo le quemaba las uñas... y de pronto, un impulso más fuerte que su timidez lo levantó. En la oscuridad caminó hacia ella, y dijo: —¿Usted?... ¿No dormía usted?

El sintió que ella estiraba el brazo; la mano de la mujer tomó entre los dedos su mentón e Hipólita dijo con una voz profunda:

—¿Qué tiene que no duerme?

—¿Usted me acaricia a mí, señora?

—¿Por qué no duerme?

—Usted me toca a mí?... ¡Pero qué fría está su mano!... ¿Por qué está tan fría su mano?

—Encienda la lámpara.

Bajo la luz vertical, Erdosain quedóse contemplándola. Ella se sentó en el sofá.

Erdosain murmuró tímidamente:

—¿Quiere que me siente a su lado? No podía dormir.

Hipólita le hizo espacio, y junto a la intrusa, Erdosain no pudo contener la fuerza que levantaba sus manos, y con la yema de los dedos le acarició la frente.

—¿Por qué es usted así? —le preguntó él.

La mujer lo miró serena.

Erdosain la contempló un instante con muda desesperación; y al fin, recogió su fina mano.

Iba a llevársela a los labios, pero una fuerza extraña chocó en su sensibilidad, y sollozando se desmoronó sobre la falda de la mujer.

Lloraba convulsivamente a la sombra de la intrusa erguida y de su mirada inmóvil en los sacudimientos de su cabeza. Lloraba aciegado, retorcida la vida de un furor ronco, conteniendo gritos cuyos desgarramientos incompletos renovaban su dolor horrible, y el sufrimiento brotaba de él inagotablemente, se inundaba de más pena, una pena que subía en sollozos en su garganta. Así agonizó varios minutos, mordiendo su pañuelo para no gritar, mientras que el silencio de ella era una blandura en la que se recostaba su espíritu extenuado. Luego el sufrimiento gritante se agotó; lágrimas en su pecho y encontró consuelo en estar caído así, con las mejillas mojadas, sobre el regazo de una mujer.

Un enorme cansancio lo agobiaba, la figura de su esposa distante terminó por borrarse de la superficie de su pena, y mientras permanecía así, un encalmamiento crepuscular vino a resignarlo para todos los desastres que se habían preparado.

Levantó el enrojecido rostro, rayado por los repliegues de la tela y húmedo de lágrimas.

Ella lo miraba serena.

—¿Está triste? —preguntó.

—Sí.

Luego callaron y un relámpago violeta iluminó los recovecos del patio oscuro. Llovía.

—¿Quiere que tomemos mate?

—Sí.

En silencio preparó el agua. Ella miraba abstraída los cristales donde tamborileaba la lluvia, mientras Erdosain aprontaba la yerba. Luego, sonriendo entre las lágrimas, dijo:

—Yo lo cebo a mi modo. Le gustará.

—¿Por qué estaba triste?

—No sé... la angustia... hace mucho tiempo que no vivo tranquilo.

Ahora tomaba el mate en silencio, y en la habitación con el empapelado descolado en un rincón, se hacía más perfecta la figura de la mujer, envuelta en el abrigo de lute, con el cabello rojo peinado en dos bandos que cubrían la punta de sus orejas.

Con sonrisa pueril, agregó Erdosain:

—Cuando estoy solo... a veces suelo tomar.

Ella sonrió amigablemente con una pierna cruzada sobre otra, la espalda ligeramente inclinada, un codo apoyado en la palma de la mano y los dedos de la otra sosteniendo el mate, cuya bombilla niquelada chupaba con lentitud.

—Sí, estaba angustiado —repitió Erdosain—; pero, ¡qué frías sus manos!... ¿Siempre las tiene así frías?

—Sí.

—¿Me quiere dar su mano?

Enderezó la intrusa la espalda y casi señorial se la alcanzó. Erdosain la tomó con precaución y se la llevó a los labios, y ella lo miró largamente, derretida la frialdad de sus pupilas en un calor

súbito que le sonrojó las mejillas. Recordó entonces Erdosain al encadenado, y sin que esto pudiera vencer la pálida alegría que estaba en él, dijo:

—Vea... si usted me pidiera ahora que me matara, yo lo hacía. Tan contento estoy.

El calor que hacía un instante convulsionó las aguas de sus ojos se perdió otra vez en la frialdad de su mirada. La mujer lo examinaba encurioseada.

—Se lo digo seriamente. Voy... es mejor... pídamelo usted que me mate... dígame, ¿no le parece a usted que ciertas personas harían mejor en irse?

—No.

—¿Aunque hagan lo peor?

—Eso está en manos de Dios.

—Entonces no vale la pena que hablemos de eso.

Otra vez tomaban el mate en silencio, un silencio que sobrevinía para que él pudiera gozar el espectáculo de la mujer de cabello rojo, envuelta en su abrigo de lute, con las transparentes manos recogiendo la rodilla por sobre el vestido de seda verde.

Y de pronto, no pudiendo contener su curiosidad, exclamó:

—¿Es cierto que usted ha sido sirvienta?

—Sí... ¿qué tiene de particular?

—¡Qué raro!

—¿Por qué?

—Sí, es raro. A veces me parece que voy a encontrar en otra vida lo que falta en la mía. Y se le ocurre a uno que hay gentes que han descubierto el secreto de la felicidad... y que si nos cuentan un secreto nosotros también seremos felices.

—Mi vida, sin embargo, no es ningún secreto.

—¿Pero usted nunca sintió la extrañeza de vivir?

—Sí, eso sí.

—Cuénteme.

—Fue cuando era muchachita. Trabajaba en una linda casa de la Avenida Alvear. Había tres niñas y cuatro sirvientas. Y yo me despertaba a la mañana y no terminaba de convencerme de que era yo la que me movía entre esos muebles que no me pertenecían y esa gente que sólo me hablaba para que yo la sirviera. Y

a momentos me parecía que los otros estaban bien clavados en la vida, y en sus casas, mientras que yo tenía la sensación de estar suelta, ligeramente atada con un cordón a la vida. Y las voces de los otros sonaban en mis oídos como cuando una está dormida y no sabe si sueña o está despierta.

—Debe ser triste.

—Sí, es muy triste ver felices a los otros y ver que los otros no comprenden que una será desdichada para toda la vida. Me acuerdo que a la hora de la siesta entraba a mi piecita y en vez de zurcir mi ropa, pensaba: ¿yo seré sirvienta toda la vida? Y ya no me cansaba el trabajo, sino mis pensamientos. ¿Usted no se ha fijado qué obstinados son los pensamientos tristes?

—Sí, no se van nunca. ¿Qué edad tenía usted entonces?

—Dieciséis años.

—¿Y no se había acostado ya con ningún hombre?

—No... pero estaba rabiosa... rabiosa de ser sirvienta para toda la vida... además, había algo que me impresionaba más que todo. Era uno de los niños. Estaba de novio y era muy católico.

Yo lo sorprendí acariciándose más de una vez con una prima que era su novia, ahora me doy cuenta: una muchacha sensual, y me preguntaba cómo era posible conciliar el catolicismo con esas porquerías. Involuntariamente terminé por espiarlo... pero él, que era tan asiduo con su novia, era correctísimo conmigo. Después me di cuenta que lo había deseado... pero era tarde... yo estaba en otra casa...

—¿Y?...

—Siempre con el peso de mis ideas. ¿Qué era lo que quería de la vida? ¿Entonces no lo sabía? En todas partes fueron amables conmigo. Más tarde he oído hablar mal de la gente rica... pero yo no supe ver esa maldad. Ellos vivían así. ¿Qué necesidad tenían de ser malos, no es cierto? Ellas eran las niñas y yo la sirvienta.

—¿Y?

—Recuerdo que un día iba en el tranvía acompañando a una de mis patronas. En el asiento venían conversando dos mozos. ¿Usted ha observado que hay días en que ciertas palabras suenan en los oídos como bombos... como si una hubiera estado siempre sorda y por primera vez oyera hablar a las personas? Bueno. Uno

de los mozos decía: “Una mujer inteligente, aunque fuere fea, si se diera a la mala vida se enriquecería y si no se enamorara de nadie podría ser la reina de una ciudad. Si yo tuviera una hermana, la aconsejaría así”. Al escucharlo, yo me quedé fría en el asiento. Estas palabras derritieron instantáneamente mi timidez y cuando llegamos al final del viaje me parecía que no eran los desconocidos los que habían pronunciado esas palabras, sino yo, yo que no me acordaba de ellas hasta ese momento. Y durante muchos días me preocupó el problema de cómo ser una mujer de mala vida.

Erdosain sonrió:

—¡Qué maravilla!

—El primer mensual que cobré lo gasté en un montón de libros que hablaban de la mala vida. Me equivoqué, porque casi todos eran libros pornográficos... estúpidos... ésa no era la mala vida, sino la mala vida del placer... Y, quiere creerme, ninguna de mis amigas sabía explicarme, en substancia, lo que era la mala vida.

—Siga... ahora no me extraña que Ergueta se haya enamorado de usted. Usted es una mujer admirable.

Hipólita sonrió ruborizada.

—No exagere... soy una mujer sensata, nada más.

—Cuenta, la deliciosa criatura.

—¡Qué chico es usted!... Bueno —Hipólita cerró las solapas del abrigo sobre su pecho y continuó—: Trabajaba como antes, todo el día, pero el trabajo se me hizo extraño... quiero decir, que mientras fregaba o hacía una cama, mi pensamiento estaba lejos y al mismo tiempo tan adentro de mí, que a momentos me parecía que si ese pensamiento se hacía más grande se me iba a reventar la piel. Pero el problema no se resolvía. Escribí a una librería preguntando si no tenía algún manual para ser una mujer de mala vida y no me contestaron, hasta que un día decidí verlo a un abogado para que me aclarara ese punto. Fui hasta los tribunales y di vueltas por un montón de calles, miraba una chapa, otra, otra, hasta que, enfilando por la calle Juncal, me detuve ante una casa lujosa, hablé con el portero y me llevó en presencia de un doctor en leyes.

Me acuerdo como si fuera hoy. Era un hombre delgado, serio, tenía toda la cara de un bandido perverso, pero al sonreír su alma parecía la de un mocoso. Más tarde, pensando, llegué a la conclusión de que ese hombre debió sufrir mucho.

Chupó largamente el mate, luego, devolviéndoselo, dijo:

—¡Qué calor hace aquí! ¿Quiere abrir la ventana?

Erdosain entreabrió una hoja. Llovía aún. Hipólita continuó:

—Sin inmutarme, le dije: “Doctor, vengo a verlo porque quiero saber lo que es la mala vida”.

El otro se quedó mirándome asombrado. Después de reflexionar unos momentos, me dijo: “¿Con qué objeto desea usted saberlo?” Yo le expliqué tranquilamente mis propósitos y él me escuchaba con atención, frunciendo el ceño, cavilando mis palabras. Por fin dijo: “En la mujer se llama mala vida los actos sexuales ejecutados sin amor y para lucrar”. Es decir, repuse yo, que mediante la mala vida, una se libra del cuerpo... y queda libre.

—¿Usted le contestó eso?

—Sí.

—¡Qué raro!

—¿Por qué?

—¿Y luego?

—Casi sin despedirme, salí a la calle. Estaba contenta, nunca estuve más contenta que ese día. La mala vida. Erdosain, era eso, librarse del cuerpo, tener la voluntad libre para realizar todas las cosas que se le antojaran a una. Me sentía tan feliz que al primer buen mozo que pasó y que me deseó con bonitas palabras, me entregué.

—¿Y luego?

—¡Qué sorpresa!, cuando el hombre... ya le dije que era un guapo mozo, cayó como una res después de satisfacerse. Lo primero que se me ocurrió fue que estaba enfermo... nunca me imaginaba eso. Mas cuando el otro me explicó que aquello era natural en todos los hombres, no pude contener las ganas de reír. Así que el hombre, cuya fortaleza parecía inmensa como la de un toro... en fin, ¿usted nunca vio a un ladrón en una pieza llena de oro? En ese momento yo, la sirvienta, era el ladrón en

la pieza llena de oro. Y comprendí que el mundo era mío... Después, antes de lanzarme a la prostitución, resolví estudiar... sí, no me mire asombrado, leía de todo... había llegado a la conclusión leyendo novelas, que el hombre admitía extraordinarias facultades de amor en la mujer culta... no sé si me explico bien... quiero decirle que la cultura era un disfraz que avaloraba a la mercadería.

—¿Encontró placer usted en la posesión?

—No... pero volviendo a lo primero: leía de todo.

ErDOSain se sintió entusiasmado por el cinismo de la mujer, y enternecido, le dijo:

—¿Me quiere dar su mano?

Ella se la entregó, seria.

ErDOSain la tomó con precaución; luego la llevó a los labios y ella ya lo miró largamente; mas Remo de pronto recordó al encadenado; él estaría ahora despierto en el establo, y sin que esto pudiera vencer la dulzura que amodorraba sus sentidos, dijo:

—Mira, si vos... si usted me pidiera ahora que me matara, lo haría encantado.

Largamente lo miró ella a través de sus pestañas rojas.

TEORÍA DEL MAL MENOR

-Sobre el personaje de Hipólita-

Esposas y prostitutas

“—Yo soy la esposa de Ergueta.

—¡Ah! ¿Ud. Es la Coja?

Por supuesto: coja/coger. Pero no sólo ese verbo genera el apodo, también es la Biblia: “Y salvaré a la coja, y recogeré la descarriada y pondrelas por alabanza y por renombre en todo el país de la confusión.”

Hipólita ingresa al libro presentándose como “esposa de”, las mujeres se definen por el varón y esposa es una condición legítima. Pero Erdosain rechaza la definición: ella es la “Coja”. Ser coja es un defecto físico. Coger puede ser una profesión. Dos direcciones que se van a retomar. En la primera, ya vimos qué lugar tienen los “señalados de Dios” en el mundo arltiano, cómo la humillación social se confunde con la “deformidad” de su naturaleza. En ese sentido, ella es coja y la dueña de la pensión donde vive Erdosain hace muy bien en buscar, asombrada, la deformidad de sus pies. Pero en la segunda dirección, su cojera es el nombre bíblico de un defecto moral, sus pies tomaron el “mal camino” y este no sólo es una elección vital, la condena del espíritu, también es un trabajo.

¿Qué es una prostituta? No es una “esposa”, a juzgar por la respuesta de Erdosain. Una prostituta es exactamente el antónimo de una esposa. La circulación de las mujeres que describe Levy Strauss (1985) supone que en los cuerpos femeninos se inscriben determinadas obligaciones y normas. Así se funda la institución del matrimonio, donde la mujer es el “regalo” que sella una alianza entre dos varones (en nuestra cultura, el padre y el yerno). A este objeto pasivo que es además una persona, el matrimonio le garantiza necesidades elementales para su existencia: intercambiada como objeto, ella también es sujeta de un intercambio: Ofrece su cuerpo, sus servicios reproductivos y su

trabajo para garantizar las necesidades domésticas de marido y prole a cambio de manutención económica y legitimidad social.

Es casi un lugar común masculino acusar a las esposas de ser prostitutas legales. Las escenas de las mujeres que premian aumentos de sueldo o compras de electrodomésticos decidiendo que esa noche no les duele la cabeza fueron materia de representación despectiva de los jóvenes de la “revolución” sexual en ‘60 y ‘70 . Es que, como la esposa, la prostituta intercambia; igual que ella está inscrita en una economía que la construye. Sólo que su intercambio es diferente: mucho más definido, delimitado. En ese sentido, la prostituta tiene una libertad que la esposa no tiene, se salva de la “servidumbre del amor”: las cosas son claras, el sexo no se confunde con el afecto. Así lo comprende Hipólita, que dice: “mediante la mala vida una se libra del cuerpo... y queda libre”. (LSL)

Librarse del cuerpo es, en realidad, librarse de las emociones del cuerpo, librarse del amor donde el cuerpo exige y obliga a la mente y a la voluntad. En ese sentido, la saga de Arlt entiende que varones y mujeres tienen igual condena: sus cuerpos tienen razones que su razón no comprende, arrastran afectos y emociones que los obligan a sumergirse, atados de pies y manos, en los horrendos pactos que el Orden de Géneros prevé para ellos.

En ese sentido, la “servidumbre del amor” también existe para los varones, aunque no sea la misma servidumbre. En la década del ‘30, la ceguera del amor podía atrapar a un “gilito” y “convertirlo” en el sapo cuello duro que yuga en la oficina. El contrato del matrimonio tiene una lógica atroz para quienes no pertenecen a los poderes fácticos: las esposas se comprometen a ser sirvientas sin sueldo, encerrarse en sus casas y renunciar a toda satisfacción que provenga del algún lugar que exista más allá de la puerta; el varón se carga a las espaldas la solitaria responsabilidad de hacer sobrevivir a su familia en la selva pública donde el hombre es el lobo del hombre pero donde, además, tiene que rendir examen todo el tiempo para defender y demostrar su supuesta posesión del Fallo, algo que debe hacer “frente a millares de testigos” ganando dinero, no siendo un fracasado,

pero sobre todo mostrando que no es ni será cornudo. Porque en tiempos de Arlt y hoy también, un hombre puede, con argumentos de izquierda, auto eximirse de la obligación de triunfar en el capitalismo, pero auto eximirse de la obligación de demostrar que es el dueño de su mujer y maneja a su antojo ese cuerpo no es nada fácil: algo tiene que seguir garantizando que pertenece a esa parte de la humanidad que tiene el poder.

En el matrimonio se intercambian, junto con las obligaciones concretas (sexo por manutención y el mejor nivel de vida posible, herederos por legitimidad), sentimientos intensos y encontrados que no hacen la felicidad de los hombres ni de las mujeres. ¿Cómo es en cambio el contrato entre la prostituta y el prostituyente, mirado desde los varones? Su frialdad, la ausencia del señuelo del amor, vuelven, paradójicamente, más humano y tolerable el intercambio: ella da el derecho a un tiempo de posesión absoluta de su cuerpo por una cantidad fija y preestablecida de dinero. No hay sorpresas. Todo es claro, racional y masculino; una relación económica entre dos ciudadanos, realizada voluntaria e independientemente en el ámbito público, el lugar donde los negocios, en general, los hacen los hombres.

Eligiendo ser “mujer pública”, una mujer renuncia a gozar de la legitimidad, la seguridad, la manutención económica que le daría ser mujer privada. En vez de circular una vez, entregada de varón a varón, circula por su cuenta, vendiendo una mercancía que es *algo de sí misma*. Y con ella gana una cantidad de dinero que aún hoy es incomparablemente mayor que la que gana una mujer que venda saberes considerados femeninos como sus habilidades culinarias, de cuidado, sus servicios para educar infantes o su trabajo de operaria en la industria textil o tabacalera. No hay brecha entre el pago del tiempo de trabajo a una mujer “de la calle” y el pago del tiempo de trabajo masculino. Prostituirse es un oficio bastante bien remunerado y el dinero que Hipólita gana así es claramente suyo, obtenido como el de cualquier trabajador, en el intercambio en el ámbito público.

“¿Qué es lo que usted esperaba de mí?”

La pregunta se la hace Hipólita a Erdosain. Y Erdosain contesta algo similar al “no sé, pero me lo imagino” que le dijo a Ester Primavera. Sin embargo, esta vez es una versión menos soberbia: “No sé... En fin, *me la imaginaba a usted* menos fría.” (LSL)

Entonces, Hipólita es fría y defraudó la imaginación de Erdosain. No obstante, eso tampoco es seguro en la construcción del personaje. En realidad, la Coja es tan fría como cálida, o cómo muchas otras cosas. Igual que Ester Primavera, la prosa la escribe con un montón de predicados contradictorios. La mirada desorientada del narrador y la de su personaje varón no tienen ninguna certeza, están llenas de interés y de preguntas. Por segunda vez en la narrativa de Arlt, estos hombres *no saben qué es lo que es ser (esa) mujer* y la Coja se carga de misterio psicológico, se vuelve un personaje con interioridad, independiente de las previsiones del cronista y su personaje, por ejemplo cuando el narrador la observa acariciar dulcemente a Erdosain mientras piensa, decepcionada, que ese tipo es demasiado débil.

En efecto: de Hipólita se escribe que es “delicada”, pero usa con grosería expresiones “prostibularias” y “canallas”; que es “perversa”, sus “labios inflamados” resaltan en la “sonrojada morbidez del rostro pecoso”, pero esta sensualidad convive con su pudor (estira “el borde de su vestido más abajo de su rodilla”, se felicita por tener puesto un camisón largo cuando su marido la arrastra a la calle en plena noche); tiene algo de santa en su semblante, “cuyas ovaladas líneas tenían algo del rojo del cobre, como esos rayos de sol de lluvia que en los cuadros de santos brotan en mil haces de entre un pináculo de nubes”; es maligna, “cruel”. El adjetivo “fría” se repite, fría como las novias que mienten su amor en Arlt; sin embargo su alma es equiparable a la de Erdosain, ni más ni menos, y por eso el apartado cuyo fragmento vengo de transcribir se llama “Dos almas”; Hipólita es una alma tierna y fascinante, cínica y calculadora, puede comprender y recibir al varón, puede escuchar lo que nunca escucharían una novia o una esposa.

En tanto bondadosa y madre (“¡Qué chico es usted!”), le dice a Erdosain, y lo pone en su regazo), Hipólita posee la invalorable virtud arltiana de no producir sensualidad. Es decir, cuando es madre no es peligrosa y se carga de los predicados del hada que ya vimos. Pero al mismo tiempo es “fría” y lucra por su cuenta con la sensualidad de los hombres, se ofrece para que descarguen en ella sus “bajos instintos”. Entonces Hipólita también es la peligrosa y poderosa bruja que “convierte” al macho toro en una porquería. Desprecia a los varones porque es sabia, los conoce:

“(…) cuando el hombre... ya le dije que era un guapo mozo, cayó como una res después de satisfacerse. Lo primero que se me ocurrió es que estaba enfermo... nunca me imaginaba eso. Más cuando el otro me explicó que aquello era natural en todos los hombres, no pude contener *las ganas de reír*. Así que el hombre, cuya fortaleza parecía inmensa como la de un toro...”

Descubrir al “verdadero varón” y perderle el respeto es una sola cosa. Hipólita conoce a los hombres “humillados de haberle ofrecido el espectáculo de su debilidad”. Demostrar alguna debilidad frente a una mujer es estar perdido. Por eso ellos gastan su vida en sostener el espectáculo de su potencia: el objetivo es que las mujeres no comprendan que están frente a “peleles”, “infelices lascivos”, “víctimas de vicios atroces”, “fantoques tristes”. Estos son los predicados que la sabiduría de la profesional recolectó para aquellos que se creen reyes de la creación.

Aunque algunos semas de la bruja y el hada están en la construcción de Hipólita, no llegan a volverla una fusión contradictoria de dos tipologías; es que la Coja es un personaje, no un estereotipo como casi todas las otras mujeres de Arlt. Es difícil, por ejemplo, leer el sema de lo sobrenatural en ella, salvo desde el misticismo, porque sí aparece la “santidad”. En la usual mirada arltiana, el saber en una mujer sería achacado a su carácter brujeril, y sería únicamente saber para dominar hombres, pero en Hipólita el saber se relaciona con la inteligencia y la cultura. Es observadora sagaz, lectora, astuta. Se define a sí misma como “mujer sensata”.

Dinero sucio

Pero hay algo muy inquietante, muy peligroso: ¿cual es el móvil de la Coja al hacerse puta? No el placer sexual, que evidentemente no le importa (a diferencia de Erdosain, ella sí se liberó de su cuerpo). Vimos cómo relata Hipólita que en su primera relación sexual descubre la debilidad masculina y le da risa. Pero además, el descubrimiento la hace sentir como “un ladrón en una pieza llena de oro”. En eso se convierte la que un minuto atrás era la humillada sirvienta y un segundo atrás, la despreciable puta. “Y comprendí que el mundo era mío”, concluye. Y resuelve además estudiar, ya que ahora se puede ahora apropiarse de capitales masculinos, también se apropiará del capital simbólico de los hombres. Después de todo, dice, “la cultura era un disfraz que avaloraba a la mercadería.”

¿Cuál es el móvil de la Coja al hacerse puta? Ganar dinero y conseguir poder. A los dieciséis años esta sirvientita escuchó decir a un hombre: “Una mujer inteligente, aunque fuera fea, si se diera a la mala vida se enriquecería y si no se enamorara de nadie podría ser la reina de una ciudad. Si yo tuviera una hermana la aconsejaría así.” Detrás del varón mentiroso de El amor brujo hay uno generoso que en lugar de susurrar al oído de un congénere, le cuenta las reglas en voz alta para que si hay alguna chica inteligente por ahí las aproveche. Hay que entrar a robar ahí donde los varones esconden el oro. La que consigue escapar a la servidumbre de amor, la que investiga para expropiar el reservado mundo masculino del saber, puede ser “reina”. Paga el precio de la infamia en el Orden de Géneros pero después de todo, ¿no vimos que, de un modo u otro, infame es toda fémina? Ser prostituta no es pagar un precio distinto de infamia, apenas es pagar más caro, hay una (notable) diferencia cuantitativa, pero dentro de una misma cualidad. Ser mujer “de mala vida” se transforma en un programa muy inteligente si vemos qué promete el Orden de Géneros como “buena vida” a las mujeres que no son burguesas.

La adolescente pobre que sirva a una familia rica por un sueldo saca sus cuentas: ella se humilla socialmente a cambio de una paga miserable; como esposa se sentiría legítima y serviría a cambio de manutención, pero perdería su libertad entregando su cuerpo y su alma a la dolorosa servidumbre del amor; prostituirse es dejar de servir y librarse de un amor frustrante porque se basa en el sometimiento, pero además es obtener buen dinero propio y manejarlo, permite lanzarse a lo que para una mujer es inimaginable en los años '30: la competencia con los hombres en el mercado capitalista.

Sin embargo, una puta es mujer y la victoria no es tan fácil. En teoría, para el mercado todo lo que sea dinero es dinero, provenga de lo que provenga. Pero en la práctica, ¿es realmente un dinero como los demás el que obtiene la prostituta? Vimos que en el inconsciente y en la cultura el dinero tiene género masculino (Coria, 1986). La ley negó a las mujeres el derecho a tener bienes propios durante muchos siglos. En nuestro país, sólo alcanzaron iguales derechos en el manejo de sus bienes en 1968. En la década del '30 sólo las viudas y las solteras podían disponer de ellos.

El dinero en la mujer es escandaloso, es el poder de la princesita sin papá que lo regule. Habría que expropiárselo para poner las cosas en su lugar. Y en efecto, para eso están los proxenetes y la policía. En tiempos de Arlt, en la fiesta de despojarlas de ese dinero participaban más actores masculinos: el poder judicial y el poder médico. Por eso en la ficción de Arlt el dinero de la prostituta se expropia. También Juan Carlos Onetti se ocupó de que ese dinero fuera a las manos correctas. Ser varón que explota prostitutas aparece en los dos autores en relación con profundos objetivos utópicos, vitales; es cosa de hombres magníficamente interesantes y literarios. Con ese dinero estos tipos van a sustentar ni más ni menos que una revolución y el Larsen de Onetti es un proxeneta que apuesta a su salvación y al arte cuando intenta absurdamente un “prostíbulo modelo”.⁴⁴

44. Onetti, Juan Carlos. *Juntacadáveres*. Barcelona, Plaza & Janés, 1981.

En *La vida breve*, de Onetti, Mami es una prostituta envejecida que se describe con ternura. Tiene un inmenso mérito: ha hecho escuchar a Julio Stein la frase más hermosa que la vida había destinado a sus oídos: “Nos vamos a París en el primer barco. Vos sabés cómo me gané el dinero suficiente. Voy aquí abajo a que nos manden comidas y una botella para festejar”, le dijo justo cuando Julio estaba por abandonarla.⁴⁵

Cuán admirables son la entrega y el coraje de Mami, cuánta gratitud le produce a Julio ese costoso regalo. ¿Por qué un hombre es tan agradecido cuando una mujer le entrega la plusvalía que produjo su cuerpo al ser usado por otros hombres? ¿Ahí no cuenta ser cornudo?

Antes de responder, observemos lo que pasa con el dinero de Hipólita en *Los siete locos*. ¡Se cuenta que ella tiene dinero a su nombre! ¡Y en el banco! Tiene vajilla de plata y muchos otros bienes que obtuvo trabajando y aportó a su matrimonio con Ergueta. Su dote no llega a través de un patriarca, es un capital de ella y evidentemente le quema en los dedos a esta ficción porque lo que se cuenta es cómo Ergueta se apresura a hacerlo desaparecer. Ergueta no pierde su farmacia en el Casino, pierde los bienes de su mujer. *Corrige* la situación transgresora.

Si bien, de acuerdo con estudios históricos como el de Donna Guy (1991), no parece muy posible que en el Buenos Aires de ese tiempo hubiera prostitutas que pudieran trabajar libremente, resulta llamativo que en lo que cuenta Hipólita de su vida no aparezcan cafishios; hay algo utópico en eso, una mujer lo suficientemente “fría” como para realmente librarse de su cuerpo y no caer en la servidumbre del amor, una sociedad lo suficientemente justa como para que, adentro de sus tremendas reglas de juego, permita a una mujer que paga el precio vender libremente en el mercado la única mercadería que el mercado parece valorar en una mujer —entendiendo el *valor* en el sentido más marxista y objetivo. Como Hipólita no tuvo cafishios, viene el marido; la Coja es despojada de su dinero y arrastrada de los cabellos hasta la puerta del hotel donde viven, el farmacéutico la saca en ropa

45. Onetti, Juan Carlos. *La vida breve*. Buenos Aires, Sudamericana, 1950.

de cama del lecho conyugal gritando “esta es la ramera” y la deja sin ninguna manutención ahora que, por primera vez, ella la necesita. Podría decirse que Ergueta se casó con la Coja no para seguir el mandamiento del Nuevo Testamento, como afirma, sino para reparar, un escándalo en el Orden de Géneros.

Acabar con ese dinero es compulsivo. Y es radicalmente justiciero para el patriarcado que se haga como lo hace Ergueta, perdiéndolo en el casino: un modo antieconómico, uno que no lo legitime como capital productivo o medio de consumo. Haber completado esa misión, haber puesto las cosas en su lugar, le da piedra libre para repudiarla como esposa y arrojarla a su humillación de partida: no es más la esposa, es “la ramera”.

Erdosain también responde al temor y al escándalo. Al comienzo cree la versión de Ergueta, que idealiza para no aceptar lo inaceptable y le explica a Erdosain que la prostituta es santa, ha regalado a su sirvienta los bienes que obtuvo con su trabajo. Páginas después, la propia novela se burla de este intento masculino de quitarle a la puta su amenaza. Interrogada al respecto, Hipólita dice: “—¡Pero usted cree que estoy loca!... ¿Por qué iba a regalarle a mi sirvienta un collar de perlas?”. (LSL)

Claro que, como suele ocurrir en la narrativa de Arlt, la ficción no sostiene lo que ella misma se atrevió a proponer con audacia subversiva: si la Coja no se desprendió de sus posesiones, será su marido, ni más ni menos, quien pondrá las cosas en su lugar.

La prostituta con cara de colegiala, a la que Erdosain no toca, sí dice y hace lo que tranquiliza a la fantasía masculina: rechaza el dinero de Erdosain, como si el hecho de que no haya habido sexo negara que ella gastó tiempo de trabajo en él para que él hiciera con ella lo que se le dio la gana, que esta vez fue perorar. La Coja no tranquiliza, es un personaje, no una proyección del narcisismo masculino. Como la mami de Onetti, entrega a un hombre su dinero pero a diferencia del estereotipo Mami, sus motivos se contradicen, las versiones diferentes se acumulan. Mami es la típica prostituta heroica de la literatura masculina, una “verdadera mujer” porque es una esclava perfecta: con tal de no ser abandonada, regala sus posesiones. Eso, quién lo duda, se llama amor.

Cafishios y redentores

Explotar o salvar prostitutas es lo que hay que hacer con las putas, según la obra de Arlt. Puede hacerse en su versión “noble” redentora, o en la transgresora del Buscador de Oro, que elige a Máscara para vivir grandes aventuras. Haffner por un lado, Ergueta (y Erdosain, a veces) por el otro dibujan las figuras del cafishio y el salvador. ¿Son realmente tan distintas? Los dos hacen lo mismo: se quedan con tiempo de trabajo de la mujer que emplea su cuerpo para producir valor; reparan, por lo menos parcialmente, el escándalo de los bienes y el dinero propio; garantizan la dependencia de la fuerza de trabajo que el propio género masculino demanda cuando crea en el mercado la oferta de sexo femenino a cambio de algo más liviano que el matrimonio.

Que la prostituta acepte su condición de mujer y entregue su dinero por amor es, antes que nada, reparador y luego, admirable. Esta mujer tiene tres virtudes: por ella hay una novia y una esposa menos en el mundo, tiene la audacia de enfrentar la infamia sin hipocresía y la virtud de entregar su ganancia a quien corresponde.

Además, la oferta generosa de las ganancias que produce un cuerpo femenino tiene otro encanto: para conseguir el dinero, esa mujer ha sacrificado a los hombres exactamente lo más preciado que tiene: su interioridad, ese misterioso abismo que la “define”. Ella usó su misterio poderoso para degradarlo, poniéndolo al alcance de cualquiera y por un precio que se mide en dinero. Pero luego entrega ese dinero que es lo único que le queda, el espejo de su tesoro. Un varón que consigue que una mujer así, que no es de nadie, sea de él, es un gran amo. Por eso inspira tanto respeto el Rufián Melancólico, por su maestría como señor de mujeres, por todo lo que es capaz de hacerles y de hacerles hacer. En ese sentido, es sintomático que la aparición textual de Ergueta, el supuesto místico redentor de putas, esté signada por las connotaciones de un rufián: “Tenía el aspecto de un tratante de blancas”, se dice. O: “¡Cuántas lo han querido por esa sonrisa!”. (LSL)

La madre sufriente

Miriam, la prostituta de *La vida breve*, se llama justamente *Mami*. Hipólita acaricia y protege a Erdosain como si fuera un chico. ¿Qué es lo que permite la aparición del sema “lo materno” en la prostituta? La respuesta está en lo que venimos de plantear: es maternal la que sacrifica su independencia por amor, la que ayuda, protege, nutre a *uno solo* aunque trabaje vaciando a muchos. Potencia, sí, pero incondicional, sufriente entrega de esa potencia: he ahí una madre. Como las madres producen y dan vida, ellas producen y dan riqueza; como las madres sufren y soportan el maltrato de sus hijos, ellas soportan humillaciones y malos tratos de sus cashijos y de la sociedad. En tanto abnegadas y dolidas, son madres. Pero si a esa fuerza se le agrega independencia, tiemble el mundo y tómense las armas: las putas son monstruos fríos de los que es preciso desconfiar:

“—¿Sabe usted que no debe quererlo a Eduardo? (...) Es evidente. Usted llega aquí. Me habla de todo este drama con una tranquilidad asombrosa... y naturalmente, entonces... ¿qué es lo que uno va a pensar de usted?”. (LSL)

¿De qué acusa Erdosain a Hipólita, que ha acudido a él luego de que su marido la despojó y la humilló públicamente? De que no reacciona como una débil, de que tiene recursos. La acusación es contra ella, no contra Ergueta. La violencia de Ergueta forma parte de lo novelesco, lo interesante: es uno de los “notables” “locos” del título de la novela. Hipólita se defiende: no va, dice a “llorar como una Magdalena”. Y así la Coja rechaza una vez más completarse en alguno de los estereotipos que el Orden de Géneros guarda para las mujeres como ella: no ha sido *completamente* helada y monstruosa (entregó su dinero por amor), ni *completamente* madre generosa (se reserva su inteligencia, su dignidad, para pensar en sí misma) y por lo tanto explica que tampoco es Magdalena, la puta redimida que da todo por Jesús (madre, porque el cristianismo no concibe redención femenina, sino desde el amor maternal).

Espejito, espejito ¿quién es el más bonito?

Las prostitutas cumplen otra función en el mundo de Arlt: si las mujeres deben ser espejos que reflejen la fuerza del varón, como el dinero refleja la fuerza del trabajo humano, y si como él, como toda mercancía, son objeto de intercambio, las esposas son, para los varones arltianos, espejos muy poco interesantes. Los hombres que posan de rebeldes de izquierda, de disconformes, no encuentran una imagen muy atractiva de sí mismos en éstas, sus prisioneras domésticas, aferradas a los dogmas del Orden de Géneros y del Orden de Clases para sentirse legítimas y útiles.

No se trata de que ellas no reflejen a sus varones, los reflejan, y muy bien, como hemos visto en otras partes de este libro. Se trata de que *a ellos no les gusta lo que ven en esos espejos*. En cambio, les gusta mirarse en los espejos de las prostitutas. Máscara o Hipólita les permiten fantasearse como redentores o aventureros, como transgresores del Orden de Géneros. Sin embargo, estos movimientos también están previstos allí y tienen más bien el sentido contrario. Pero eso *no se nota*: Stepens juega a ser subversivo y audaz cuando deja plantada a Julia, Ergueta es un loquito interesante cuando despoja a Hipólita, y la verdad es que hasta hace poco les iba muy bien con la farsa. La prostituta como musa inspiradora del varón, como permiso para fantasear, su cuerpo como teatro para montar los espectáculos que él quiera y hacerlo sin consecuencias (pago y me voy, pago y retorno a ser buen novio o esposo, o buen padre), este es otro significado que puebla la literatura masculina. En Arlt funciona, aunque sin intención de pago. Por eso Erdosain coquetea con el lumpenaje y la marginación, poniendo en su imaginación a la Coja como testigo, por eso fantasea una entrega desafortunada a la aventura y se la cuenta a ella. La mirada de Hipólita, su escucha, dibujan un Erdosain heroico y novelesco, ladrón y marginal en el episodio “En la caverna” (LSL).

También ella es un espejo cuando Ergueta la elige: refleja su supuesta coherencia con la Biblia, su “comunismo” (LSL). La

prostituta mide el valor de los hombres: son fuertes quienes la explotan o la “salvan”, fanticos quienes le “ofrecen el espectáculo de su debilidad” y encima le pagan. Lo ideal, con una prostituta, sería poder hacer siempre lo que Erdosain hizo una sola vez con la de cara de colegiala: no tocarla y sacarle dinero (llevarse en el bolsillo el valor de ese tiempo). Pero los novios y esposos de Arlt tienen una terrible desgracia: son débiles, tienen cuerpo y en él no hay un Fallo, hay un pobrecito pene que se les mueve solo y pide y pide. Son víctimas fáciles de novias cazadoras y putas burlonas.

El que lo va a lograr es el Astrólogo, porque está castrado. Él sí puede vencer a Hipólita definitivamente. Y llegamos así a la paradoja trágica que teje la araña del Orden de Géneros, para atrapar a los varones con una crueldad sin límite: para vencer a las mujeres, para hacerlas morder el polvo definitivamente, abandonar toda triquiñuela de astutas oprimidas bajo el poder del Fallo.... ¡no hay que tener pene, hay que ser castrado! Es el único modo.

Roberto Arlt y el gran macho argentino

Las fantasías sexuales de Erdosain, cuando son bellas, incluyen a un hada que lo libra de sentir deseo. Lo esclaviza, pero como amas solo piden ser dominadas por el violín de Boer, nada que obligue a Boer a vaciarse en ellas, a entregarles algo. Es un gusto ser esclavo de mujeres así. Las hadas son fantasías que conseguirían lo que un accidente terrible consiguió con el Astrólogo: castrarlo. Pero no solo no existen, es peor: ya vimos que detrás de ellas siempre hay una bruja.

Hipólita, en cambio, parece, se libró del cuerpo. Aunque no tanto: fantasea con un hombre superior y poderoso al que amar realmente, como le enseñó el patriarcado, pero parece que el patriarcado sobrevalora un poco el mercado y mientras no lo encuentre, ella es capaz de ignorar por completo las necesidades del cuerpo. En la imaginación masculina, al no tener pene, una mujer no es esclava de necesidades sexuales (a menos que sea

“heredosifílica”, como Zulema). En suma, la fría Hipólita puede dedicarse a hacer negocios como el mejor capitalista. Pero esta construcción es la contracara de otra, en la que la sensualidad femenina es la tempestad desatada, capaz de absorber todas las energías del hombre y del Universo. Tanto en la certeza de la virgen asexuada como en la de la puta desenfrenada subyace una oscura sospecha, la superioridad femenina, con el temor y la desesperación por defenderse. En todas sus versiones son peligros letales: las vírgenes son el señuelo que los arrastra al amor y al matrimonio, las otras son las vampiras; en ambos casos les chupan la sangre.

En suma, lo que permite la ridícula certeza de que Hipólita realmente puede liberarse del cuerpo por el simple hecho de ejercer la prostitución es la oscura, torturada noción de que las mujeres son superiores. Si una virgen tonta puede transformar en gilito a más de un rebelde comunista, tan sólo porque goza del supuesto beneficio femenino de “no tener las mismas necesidades que un varón”, ¿qué no puede hacer Hipólita, que no es nada tonta, que no se ha creído la moralina del Orden de Géneros y que, ambiciosa de verdad, quiere autonomía en vez de matrimonio?

Por eso, si el Astrólogo debe renunciar a un pedazo de su cuerpo para ser un verdadero varón, Hipólita no debe renunciar a nada, tan sólo debe buscar con audacia su real superioridad como mujer. Y sólo entonces, cuando esta Mujer Superior se encuentra con el Astrólogo y se enfrenta a él, que por castrado es el Hombre Superior, quedará clara la supremacía del macho. A tal punto el pene no es el Falo que la verdadera supremacía masculina se demuestra solamente cuando no hay pene. Porque la posibilidad masculina de copular es, en definitiva, otra astucia de las mujeres para someter a los hombres.

Como dijimos antes, la Coja anhela un hombre fuerte. El proyecto de Hipólita contiene el erotismo, pero sólo con un hombre capaz de tener en su casa un “león domesticado”, es decir a ella. Porque los esposos han “domesticado” mujercitas despreciables (“perros pulgientos”), se trata de encontrar a un varón que

haya escapado a los combates del falo contra la red, que esté más allá de la burda cruzada que se denomina “del tenedor y la olla”, con obvio sentido sexual grosero y degradado por doméstico. El problema es que si lo encuentra lo va a encadenar con su cuerpo irresistible y lo va a volver un sapo. Hipólita no lo sabe aún, pero el único que puede reunir esas condiciones es el que no tiene pene. Ese la hará su esclava.

¿Cómo es este castrado macho alfa? Le gusta la selva donde se cazan los leones: “A mi me agradan mucho esas realidades”, dice. “Y el contacto con ladrones, macrós, asesinos, locos y prostitutas. (...) Me encanta en ellos el *salvaje* impulso inicial que los lanza a la aventura.” (LL). A diferencia de Erdosain, no puede ser engañado ni siquiera por una mujer como ella. No es casual que la reconozca aunque nunca la vio antes, en cuanto la observa tocando el timbre de su casa, o que mirándole el bolsillo sepa que ella tiene un revólver, o que adivine que viene a extorsionarlo. Enfrentado a ella, el Astrólogo comprende “que ella pretendía dominarlo” (LL) pero que, femeninamente, “se sentía dominada por él” (LL).

La “gran mujer” que —según el Astrólogo— es Hipólita entiende enseguida que ése es el hombre soñado y entonces no, no se liberó del cuerpo, porque su esclavitud queda sellada por el deseo:

“Yo tampoco he sentido nada, nunca, junto a ningún hombre.... Y sos... el único hombre.” (LL)

Este es el momento en el que queda clara la abrumadora superioridad del Astrólogo, acá sabemos quién va a ganar. La calculadora brillante, que había decidido cobrarse el despojo del marido extorsionado a otro varón, no sólo renuncia al chantaje (inexplicablemente, dado que nada hace el Astrólogo para desarmarle esa posibilidad), sino que súbitamente está dispuesta a regalar su cuerpo, la riqueza que tanto cultivó, su único medio de supervivencia.

“—Quisiera ser suya. Súbitamente lo deseo mucho.

El Astrólogo retrocedió (...) la midió con la mirada y sonriendo fríamente le contestó:

—Es notable *lo que le sugieren mis reflexiones.*

—El deseo es mi verdad en este momento. Yo he comprendido perfectamente todo lo que ha dicho usted. Y mi entusiasmo por usted es deseo. *Usted ha dicho la verdad. Mi cuerpo es mi verdad ¿Por qué no regalárselo?*

Una arruga terrible rayó la frente del Astrólogo. Durante un minuto Hipólita tuvo la sensación de que él la iba a estrangular; luego movió la cabeza, miró a lo lejos, a una distancia que en la abombada claridad de sus pupilas debía ser infinita, y dijo secamente:

Sí... su cuerpo en este momento es su verdad. Pero yo no la deseo a usted. Además, que no puedo poseer a ninguna mujer. Estoy castrado.” (LL)

El Hombre Superior dice la verdad, perorando sobre la sociedad y la revolución, la Mujer Superior la comprende. Pero es mujer al fin, y por eso pierde: porque la verdad le produce sentimientos, conmueven su cuerpo. A la verdad masculina se le paga con el cuerpo, pero eso es sólo en apariencia un acto de generosidad. Lo real es que acostándose con hombres tan poderosos, las mujeres brillantes contraatacan y vuelven a someterlos. El Astrólogo está a salvo, nunca caerá derrumbado junto al cuerpo vampiro de la bella pelirroja. Hipólita encontró a su domador de leones: puede abandonarse a ser mujer (“su voluntad estaba rota”, LL). Pero como además es prostituta, cuando escape con el Astrólogo realizará el ritual de sacar dinero a otros varones para entregárselo a su dueño: le dará el dinero de la farmacia de Ergueta al Astrólogo, el dinero del varón que se ha acostado con ella.

¿Qué es una prostituta? Una mujer que no participa de la economía y la gramática del falo contra la red y circula con algún tipo de libertad, sin exigir respeto, amor, o algún tipo de compromiso, salvo dinero, un elemento que los hombres manejan con comodidad y certeza porque el dinero no los lleva a rozar ese aspecto de ellos mismo que se esfuerzan desesperadamente por enmudecer: sus afectos.

Teoría del mal menor

Marx explica por qué en el capitalismo el dinero —el fetiche mercantil— es más que una forma de intercambio, es una forma de interrelación humana. El patriarcado inventó la prostitución de las mujeres, no el capitalismo. Pero en este Orden de Clases, la prostituta es la más brutal evidencia del lugar estructural de la mediación del dinero en las relaciones entre las personas. La alienación que produce el fetichismo mercantil, el deterioro humano que supone esa alienación, se vuelve espectacular cuando lo que vendo no es el producto de un trabajo que soy capaz de hacer, sino la interioridad de mi cuerpo y la ficción de un placer compartido. Las prostitutas son víctimas de la demanda de cosificación de los varones. El capitalismo exige sin duda trabajos mucho más indignos y peor pagos que la prostitución y nadie se escandaliza por ellos; mal que le pese al abolicionismo, el ensañamiento contra la prostitución tiene más que ver con los escándalos que estamos leyendo alrededor del personaje de la Coja que con resguardar la dignidad femenina. Pero mal que les pese a las regulacionistas, tampoco la prostitución es un gran programa para que las mujeres construyamos nuestra libertad subjetiva y definiciones de nosotras mismas.

La prostitución es para el Orden de Géneros patriarcal un mal *necesario*, porque permite a los hombres escapar de un modo sencillo y normado de las pesadas obligaciones que ese mismo Orden impone a la circulación femenina. Pero también es un *mal*, porque al pagar ellos con dinero y no con amor y casamiento, dejan a estas mujeres la inquietante posibilidad de ocupar puestos poderosos en la sociedad. Es cierto que el desprecio y la estigmatización morigeran los riesgos, pero también lo es que don dinero es un poderoso caballero, capaz de sobrellevar los más rígidos pruritos morales.

ÍNDICE



Fémina Infame 11

Prefacio 13

PRIMERA PARTE

DESTINO DE SAPO. ORDEN DE GÉNEROS

..... 19

CAPÍTULO 1

El jorobadito,
de Roberto Arlt 21

La prueba de ¿amor? -Análisis de “El jorobadito”- 40

CAPÍTULO 2

Ester Primavera,
de Roberto Arlt 53

De cómo se hacen mujeres con palabras
-Análisis de “Ester Primavera”- 71

CAPÍTULO 3

Noche terrible,
de Roberto Arlt 89

La noche brillante de Ricardo Stepens
-Análisis de “Noche terrible” 115

CAPÍTULO 4

Obsequios conyugales
-Análisis de la dedicatoria de *El jorobadito y otros cuentos*- ... 131

CAPÍTULO 5

El amor brujo, fragmento de la novela. “Balder va en busca del
drama”,
de Roberto Arlt 147

Una bárbara prueba de fuerza
-Análisis de *El amor brujo*-158

CAPÍTULO 6

Los siete locos, Fragmento de “Dos Almas”,
de Roberto Arlt 221

Teoría del mal menor -Sobre el personaje de Hipólita- 229

SEGUNDA PARTE

LA REVOLUCIÓN DE HENRY FORD. ORDEN DE CLASES

..... 249

Los siete locos, Episodio “Sensación de lo subconsciente”,
de Roberto Arlt 251

Arlt, profeta del miedo
-Análisis de la saga *Los siete locos/Los lanzallamas*- 265

Este libro se terminó de imprimir
en octubre de 2022
en la Ciudad de Buenos Aires,
Argentina

